

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 7 de Julio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

Si Napoleón no hubiese existido Gabriela Mistral
Espantos Rubén Coto
Dos libros de Pijoán Andrenio
Del Cuzco salió el nuevo verbo Haya Delatorre
Gracia plena Rogelio Sotela
El genio Ibero-Americano José Vasconcelos
Su sonrisa triste Azorín
Página lírica Rosalía de Castro
Esto ocurrió antaño, y parece de hoy José Pijoán

Los nuevos valores de la literatura Rusa: Ilya Ehren-
burg Enrique Espinoza
¿Qué hora es...? Jaime Barrera Parra
La revaluación del maestro Carlos Vicuña
Una oda de Horacio Tablero
La Edad de Oro Lord Dunsany
Días de ocio en el país del Yann

EN nuestro hotel de Ajaccio este profesor de historia, que es mi compañero de mesa, me pregunta cada día: «¿Ha ido a visitar la casa de Napoleón?» Y cada vez yo le contesto: «Todavía no».

La primavera corsa vale muchísimos Napoleones. Comienza con los almendros que, desde marzo, bajan en una cauda de blancura y levedad desde Orange hasta Aix, cauda que en las bocas del Ródano se rompe para reaparecer en Córcega. Al mismo tiempo que ellos, la mimosa del Mediterráneo, el árbol corpulento y dorado, que se da en ramos blandos, me regaló con siestas bien suaves en San Rafael. Después de ellos vienen los ciruelos, que casi alucinan en algunas huertas de Bastia. Si Napoleón se hubiese quedado en su isla brava, a una vez rocosa y dulce, poco se habría perdido y... habría unos cinco millones más de ojos franceses para gozar su Mediterráneo, porque en el admirable matador de hombres comienza la despoblación francesa. Pero a pesar del perfil fino como de pluma de faisán de sus 22 años, le importaron poco las primaveras corsas o provenzales al marido de Josefina y María Luisa, lo cual fué una lástima...

Llegan en estos días los *Mercurios*, que traen en página generosa de cable la información sobre la Conferencia Panamericana de Cuba. Mi compañero me hace traducirle algunos cables. Al final de una de estas lecturas me va diciendo:

—Ud. dirá que le importan más los cerezos de Ajaccio; pero podría ser que la razón de su pereza para llegar hasta la *reliquia* sea otra. Ud. dice que no sabe casi nada del hombre del 18 Brumario y que eso la tiene sin cuidado. Sin embargo, sabe del modo que las mujeres suelen saber, por un lujo de intuición, que una americana del Sur no debe admirar al querer a Napoleón, a pesar del estilo imperio que en el

Si Napoleón no hubiese existido

=De El Mercurio, Santiago de Chile=



mueble es tan noble, a pesar de la pasión de Heine y a pesar de los mejores boulevares de París que Haussmann trazó por darle gusto al otro Napoleón.

»Yo pensaba, mientras Ud. iba leyendo esos cables, que casi son requiem para la raza de Uds., en lo que hubiera pasado, para disminución de Yanquilandia y bien de Uds., si Bonaparte no hubiese existido... Francia conservaría la Luisiana.

Entre los E. Unidos ingleses y México, qué desahogado territorio francés se extendería, más que muralla corta-fuego, un país entero, especie de Bélgica o de Suiza con destino político de primer orden para separar el bisonte del venado, o si Ud. quiere, el cocodrilo, del indio descuidado. Pudo existir esa Francia ultra-marina, más próspera que el Canadá que perdimos, por su asiento en tierra

de clima cálido. No habrían tenido con nosotros el pretexto de desbarbarizar al vecino, que, en buenas cuentas, alega el señor Kellogg respecto de la pobre Nicaragua. El comercio de la América del Sur nos lo hubiéramos repartido, con disputa, ceñida pero con algún éxito, porque la manufactura francesa supera la suya, y la absorción comercial que los Estados Unidos hacen sobre Uds., de modo tan espantosamente absoluto, fuera mucho menor.

»Donde el francés coloniza, véalo Ud. cuando pueda en Argelia, humaniza las relaciones entre el blanco y el hombre de color, asiático o africano, y de la comparación más rápida con el inglés colonizador salimos gananciosos; el francés siempre es el hombre, en Saigón o en el Congo; al inglés yo no puedo verlo, hacia la India o el Egipto, sino como un engendro mitológico, mitad Cecil Rhodes, mitad leopardo.

»¡Lo que hubiese hecho por Uds. una Luisiana francesa!

»Un destino, o disparatado o atrida, ha dejado que se dividan aquel continente dos razas fundamentalmente opuestas, diferentes desde el meollo, a la epidermis: la española desordenada y mística (mística por desordenada, diría Ors) y la otra, que no gasta calor ni para abrir en res a Centro América. Hace falta entre Uds. el puente francés, que quebró con una necedad de muchachuelo, Napoleón. Hubiéramos sido entre Uds. lo que seguimos siendo hasta hoy: la razón francesa, que está asistida siempre de sensibilidad, que se diferencia de la razón de Londres o de Dublín en que es emotiva.

»Cuando yo veo que los Estados Unidos hablan de ser en las reyertas de Uds. el mediador, yo me sonrío; lo que habría que buscar sería un traductor de Mr. Kellogg, para los pueblos del Sur, que le sobajee un poco la sequedad de cuero rijoso que tiene en su expre-

A propósito del Repertorio y este su tomo XVII que hoy comenzamos, séanos dable recoger estas palabras de Victor Hugo, tal como las ha transcrito nuestro don Elías Jiménez Rojas en el último número de su Reproducción constructiva:

Los perseverantes son los sublimes. Quien no es más que bravo no tiene más que una acometida; el que no es sino valiente no tiene más que un temperamento; el que no es más que esforzado no tiene sino una virtud; el que persevera en la verdad tiene la grandeza. Casi todo el secreto de los grandes corazones reside en la palabra perseverante. La perseverancia es con respecto al valor lo que la rueda respecto a la palabra, es decir, la renovación perpetua del punto de apoyo.

Victor Hugo

sión, como en su espíritu, cuando hace discursos.

»Ellos supieron bien lo que a Francia le arrancaron; pero Francia no entendió cabalmente lo que abandonaba.

»El Canadá inglés les inquieta poco. Es un *mínimum* de Europa, muy tolerable como está, metido en sus hielos. Con una Luisiana francesa asomada a ese Golfo de México, que es el Mediterráneo de Uds., aquello cambiaba muchísimo. Europa, a la que los norteamericanos detestan porque la temen, se les atravesaba como un cuchillo en la garganta. Nada de quijadas libres para estropear a México, y un mar Caribe compartido a regañadientes, pero compartido.

»Entre los males materiales, hubiéramos deslizado entre ellos algunos bienes profundos de

los que tarde o temprano tendrán hambre: un poco de la educación clásica que ignoran casi por entero; un vago sabor de cultura entre su paladeo ácido de civilización mecánica. Grandes universidades francesas a medio camino entre Chicago y México se hubiesen llenado de estudiantes yanquis y sudamericanos y eso que llaman el *acuerdo* espiritual, que por ningún lado se ve venir allí, podría haberse comenzado, bajo la influencia de Francia.

»Este Bonaparte que *atarantó* a la Francia como *encandiló* durante diez años—los verbos aquí son míos—la imaginación femenina, por desenfrenada, de Víctor Hugo, hizo

que no nos diésemos cuenta de lo que entregábamos. Inglaterra, con su sangre fría de serpiente sabía, nunca hubiera firmado semejante renuncia a un océano y a una tierra de caña y de algodón. Pero Napoleón tuvo el triste privilegio de enloquecer. La razón francesa se fundió debajo de su sable, como una cera, y el paseo fabuloso de nuestros batallones entre Madrid y Moscou, hacía un efecto feérico de fiesta veneciana cumplida en dos mil kilómetros cuadrados... Parecíamos niños en un procesión de fuegos de Bengala; él nos hizo echar atrás nuestra madurez lenta y preciosa que se llama, en el pensamiento, Pascal y en las

construcciones, Colbert, este hijo de Leticia Ramolino, en el cual el Mediterráneo caliente dejó los pulsos alterados.

»Porque no en vano son tan excesivas estas primaveras de Córcega que Ud. alaba tanto».

—Hay una diferencia de un mes entre cerezos y cerezos floridos de Lyon a Ajaccio—le digo. Cuando raleen las flores de los guindos, ya sin pérdida de este espectáculo blanco de las flores de los guindos, yo iré a visitar la *gran reliquia* del nombre de la gloriosa tropelía. Pero entre él y Juana, la lorenesa, los dos cuernos dorados de la gloria militar de Uds. (también ésta comida por los ingleses), me quedará siempre con Juana que mató lo menos posible para limpiar a Francia.

Gabriela Mistral

Ajaccio, marzo 1928

A este tal Pedro Villalobos, a quien Dios guarde por muchos años, lo conozco desde hace ya tanto tiempo que no podría precisar fecha, como tampoco podría decir desde cuando se grabaron en mi mente la imagen de las dos torres grises de la humilde iglesia de mi pueblo con sus móviles guirnalda de golondrinas, el armonioso tañido de las dos campanas, *María del Pilar* y *Santiago*, magnífica ofrenda de ñor Ramón Andrade (aquel viejecito ricacho que usaba chaqueta de jerga gris con barbillas en el borde inferior, zapatos amarillos, de remaches, banda de seda, de rojo vivo, en la cintura y sombrero de pita de ala tendida, y que iba a dos misas los domingos), los tonos esmeralda de la vecina montañuela, La Carpintera, y el cuchicheo perenne y sonriente del Tiribí en cuyos remansos y pasos—hay testimonios formales de más de un coterráneo, todos hombres de bien—se oyen a las tantas de la noche los ayes lastimeros de La Llorona, siempre errante...

A Pedro Villalobos se lo jirvieron las virgüelas cuando chiquillo, las condenadas le güequiaron todita la jicara; por lo demás, nunca ha padecido de nada, algunas calenturillas de la Lina, pero nada más. Ha sido un confisgao en cuestión mujeres: ¿pues no ha gastado tres mujeres propias, fuera de los contrabandos? Hora no, porque ya viejo; le han valido mucho los secretos que sabe pa enamorar y pa evitar que le echen males: bebedizos, oraciones, polvos de cuyeo, ciertos güesos de lagarto, el unicornio que siempre cargaba encima y por el que tuvo que dar cinco pesos, todo lo que tenía, por cierto que no le quedó esa vez ni con qué comprar la carne, y etc., etc. Como sirvió tantos años en la polecía, se sabe los reglamentos de memoria; los jefes gustaban mucho de los cumplimientos que él hacía; pa todo se necesita gracia en la vida, no hay caso.

Ha oscurecido completamente.

Polvo del camino Espantos

A Gregorio Martín

En el interior del patio de la iglesia vacilan en lo alto los focos diminutos de luz intermitente de las candelillas; se percibe el rumor cercano del Tiribí; los sapos cantan con ruido de guijarros que se agitaran en el interior de calabazos vacíos. A la sombra protectora del higuerón que extiende la bondad de sus ramas frente al viejo muro de calicanto, bajo y musgoso, que separa la calle del patio lateral de la pequeña iglesia, algunos hombres del pueblo se han congregado para charlar en paz. De ordinario, en los días cálidos, hacia el anochecer, es este uno de los sitios preferidos para estas tertulias. La plática recaé sobre lo ocurrido a ñor José María Pérez en los últimos días. Este ñor José María Pérez es uno de los vecinos más conocidos en el pueblo: viejecito, rezador, muy de trabajo, muy

buen hombre. Es él quien en los nueve días y cabo de años sigue el rosario; el mismo que en las procesiones de Semana Santa y del Corpus precede a todos con la Cruz Alta; entonces lleva el hábito de San Francisco, un poco arrugado, con el cordón bien ceñido.

No importa si una vez cumplidos los deberes religiosos del día domingo se alegra un poco; es siempre la suya una alegría pacífica y breve que nunca se ha salido de los términos del día domingo para invadir con la fiebre de sus vapores los dominios de algún lunes. Todos los lunes, ñor José María Pérez como de costumbre: bien de mañanita, a su trabajo, con el almuerquito y la pala o el machete al hombro.

Pedro Villalobos, como mejor enterado, hace la relación de lo que pasó, como si lo estu-

viera viendo. Primero saca fuego en su yesca y enciende un puro; en el ambiente se esparce un ligero olor a trapo quemado. Todos escuchan en silencio:

—Esa mañana comenzábamos a ruediar café. Ñor Pérez llegó tempranito, guindó la chaqueta y el saco con el almuerzo en uno de los porosos del madriao y se jue con su fisguita, a tirarle. Estaba ruediando una mata en una esquinita, onde mismo asombraron a ñor Cipriano Fonseca—que Dios lo haiga perdonao—, cuando en eso se oyó el batacazo onde cayó. Lo abrigaron con un saco en la nuque, y se lo llevaron pa la casa. Ya ayer l'oliaron.

Alguno de los concurrentes confirma esto último: el Padre llevó el día anterior los Santos Oleos al viejecito que permanece en actitud de asombro, ha perdido completamente el habla y casi no puede moverse; por dicha el domingo había subido al Altar...

Nuevamente interviene Pedro Villalobos en la relación. Dice que ya son muchos a los que les ha pasado su mano en esa hacienda en la que nadie ignora que sale un *hermano*... quien sabe si será promesa sin cumplir o botija que hay enterrada; el caso es que los han alzado tiesos. Allí cada nada están levantando gente del suelo. Uno que estuvo de mandador le contó que una noche, hacía muy bonita luna, oyó el perro late y late y como el animal no lo dejaba dormir, salió con el cuchillo a ver lo que sería. Se puso a poner cuidado cuando en eso le pegaron un gran socollón a la cerca, y no era que hiciera viento; le entró un gran frío por la espalda y se metió ligero; la mujer dijo a rezar y a pasarle bien duro la cobija por la espalda; ya desde esa noche nunca volvió a latir el perro. De día se encuentran huellas de niños y de caballos en el suelo, se oyen relinchos y trotes, van a ver, y nada; también ven faroles con la candela predida, debajo de todo el sol. En media hacienda hay un lugar

Abrimos un concurso

Estamos en condiciones de ofrecer dos premios: de ₡ 200 (\$ 50 oro am.) uno, y de ₡ 100 (\$ 25 oro am.) el otro, a los dos mejores artículos que nos lleguen acerca de este asunto:

¿América para los americanos o América para la humanidad?

Dentro y fuera del país, concurren los que puedan y quieran.

El artículo ha de condensarse, más o menos, en unas mil palabras.

Artículos no premiados que sean interesantes y meritorios, nos reservaremos el derecho de publicarlos.

Se cierra el concurso el 15 de Setiembre próximo.

El jurado se nombrará oportunamente.

Los trabajos han de remitirse con las precauciones de estilo en estos concursos.

Rep. Am.

en donde siempre está haciendo un gran frío de toda la trampa, hasta en los días más calientes de marzo. Le han contado de un Padre de Cartago que vivía solito en la casa de esa hacienda, mucho tiempo, hasta que se murió. Salía siempre a las cinco de la mañana a decir su misa, después todo el día metido, encerrado en su cuarto sin hablar con nadie, ni la viejita que lo asistía lo podía ver; para avisarle que ya estaba el café, o el almuerzo o la comida. La viejita sonaba una campanilla que tenía, y se quitaba; cuando oía los pasos del Padre que ya se iba de la mesa, entraba otra vez la viejita a llevarse los trastos, y el padre otra vez encerrado. Sería que dejó plata enterrada; también pudieran ser duendes o el Malo. Quién sabe.... En cuanto a él mismo, hace algún tiempo le pasó una muy fea: hacía una porción de días que lo venía persiguiendo una luz donde quiera que estaba solo; en una de tantas resolvió echarse el alma al hombro y hablarle al muerto, primero se atoyó su buen guarro: «Decí lo que querrás, carajo, pero eso sí te pido que me dejés llegar hasta la casa sin quermé al suelo, por vida tuyita...». Era el dijunto Goyo Calvo que quería que le hablara a Rafael, el hijo, sobre de que tenía que pagar unas misas que había quedado debiendo. Efectivamente, no calló al suelo en ese momento; pero no bien hubo llegado a la casa cuando comenzó a sentir que le pasaban una mano helada como de muerto, por toda la espalda, de arriba para abajo y de abajo para arriba, se le aflojaron las canillas y entre cuatro lo treparon a la cama; la mujer lo arrebató a flotaciones en la espalda, con ceniza caliente que es lo que hay bueno para esos casos; regaron agua bendita y quemaron palma bendita en el cuarto. A los días le dió la razón que le había mandado el dijunto Goyo a Rafael, pero Rafael se hizo el chanco y de allí le vino el tuerce, p'atrás y p'atrás desde entonces: tenía establecimiento, y quebró; tan derecho que había sido siempre para la taba, pues no volvió a ver un tiro de carne; se metió en la policía un tiempo aquí en Tres Ríos, y hasta que se murió. Declara que se sabe la Manífica al revés, de atrás para adelante, esa es la gracia, por si llega a verse en algún apuro cualesquiera vez: espíritus malos u otra zanganada que no faltan. El Cadejos en no metiéndose con él para nada, pasa derecho. Se lo topó una noche viniendo de Carrillo con bueyes; oyó primero como un *chis chis*, eran los casquillos que le sonaban donde venía; enseguida no más va viendo las dos brasas, los ojos. Le han contado que era un muchacho como de unos trece años, un mentado José Joaquín; el tata le echó una maldición porque una noche quiso pegarle un susto debajo

de un puente. La culpa la tuvo la mama que aconsejó al hijo; ella, como el marido tenía una querida, pensó que asustándolo dejaría la llegadera tarde en las noches; el chiquillo fué el que se sacó la rifa, y hasta la hora... Nunca ha visto la Cegua, y no es porque no haya sido mujero, qué va; debe ser porque siempre le ha gustado cargar alguna reliquia, el escapulario del Carmen, casi siempre, o el Detente. La Cegua busca siempre al hombre birringo cuando anda de noche en sus fechorías: al pronto ve uno una mujer de pelo suelto, enlutada, con un cuerpo que da gusto verlo, chiquiona para andar, haciéndose la desentendida. El que és la palabrea y ella dejándose alcanzar; cuando ya uno va apariándosele y se le arrima con confianza y le dice «cholata linda» o cualquier otra carga, vuelve la cabeza y pela así dientes de caballo, las orejas también de caballo. Con toda seguridad que al individuo tienen que juntarlo después. Pero sólo al hombre mujero es al que le sale. Al hombre formal lo respeta, y a las mujeres...

En este punto, uno de los contertulios interrumpe el hilo de la relación que Pedro Villalobos hilvana, para hacer una referencia en concreto a la Cegua. Se trata de un caso personal que evidencia otro aspecto del horrible espanto: venía de Cartago a caballo, como a las once de la noche, al pasar por el Fierro oyó un chiquito llorando en la raíz de un güitite, se apió del caballo y alzó la criatura de donde estaba, se puso a sobarlo y el chiquito ya se calló; estaba viendo el modo de montarse otra vez con todo y criatura cuando en eso oye que ésta le dice: «ispiame los denticos... así guitarra y tamañas macanas, mismamente una yegua...». Lo juntaron del suelo y a los días se confesó con el Padre Diego.

Pedro Villalobos comenta: que sí, que en esos casos es bueno confesarse; pero que Dios guarde subir al Altar, hasta después de unas tres confesadas. Y sigue: Siendo policía en San José, cuando Soto, oyó la *carreta sin bueyes*, como a la una de la madrugada; estaba haciendo segunda, por la Soledad. Primero sintió en la cara un viento muy feo, como de barranco, después la vido onde venía; pegó carrera hasta encontrar el otro policía, estaba vuelto para la paré y en un temblor todo el cuerpo, y a todo esto sin onde beberse un trago; se estuvieron juntos hasta que ya se vieron las claras del día. Lo que cuentan de que en la iglesia se ven a la noche las Animas rezando en rueda, son mentiras de Chepe Chacón; a las ocho, a las doce y una vez hasta la una de la mañana se ha asomado por debajo de la puerta de en medio, a ver, y sólo murciélagos. En el pantión sí; pero ni por la diabla se ha arrimado allá de noche... A un conocido

suyo de Alafuela, le pasó en una ocasión una vaina muy fea, pero por birringo. Era de lo más parrandero: él en bailes, él en novios, en rezos con música, en velas, nada perdía. Los días sábados el modo de llegar a la casa a acostarse era como a la una de la mañana. Esa noche venía a caballo, pasando por Itiquis; cuando llegó cerca de un palo de guapinol por onde tenía que atravesar, de repente se le paró la bestia resistida; en eso va viendo una casa toda iluminada, onde mismo estaba el palo, y en el corredor bulla de gente muy alegre comiendo en unas grandes mesas; eso sí, notó que a ninguno de los que allí había podía verle la cara bien, por más que se restregaba los ojos con las dos manos; de adentro fué saliendo una señora muy mudada y peinada y se puso a convidarlo con muy bonito modo que se apiara y que viniera a comerse un tamalito, si no le daba mucho asco. Se apió, amarró la bestia de un horcón del corredor de la casa y se sentó en una mesa que estaba sola; le trajeron el tamal, que hasta que echaba fuego, lo desenvolvió, y al echarse la primera cucharada, va viendo que no tenía nadita de sal; se lo dió así a la mujer que lo había convidado, y no hizo más que mentar *sal* cuando todo quedó en tinieblas. No quedó ni

casa, ni gente, ni luces, ni nada, y él arriba en el palo, prensado en una horqueta; el caballo guindando de otra rama, que ya se iba a ahorcar. Abrevió y con el chafirro le cortó el cabresto al ruco, *pas* se oyó el batacazo en el suelo. Se volvió a montar ligerito y dijo patas pa qué te quiero, para la casa. Llegó con un gran dolor aquí derecho, en la pura boca del estómago, sería del susto o de la gran carrera. Desde entonces, ya nunca volvió a salir solo después de las ocho de la noche.

Terminada la relación anterior, el silencio se mantiene por cortos momentos dentro de los del grupo. El rumor del río se percibe más claro; en el espacio tupido de sombras resplandecen a poca altura, de cuando en cuando, los misteriosos puntitos de luz de las candelillas, cual si fueran el vértice de cinceles de oro con que alguna mano invisible estuviera horadando silenciosamente la negra pizarra de la noche. Es posible que alguno de estos hombres, en alguna ocasión, haya creído adivinar en las vacilantes brasas intermitentes, puntas de cigarros de algún fumadero nocturno de las brujas. A distancia, muy lejos, muy lejos se distingue el ruido de una carreta, alejándose cada vez más, sin que se pueda precisar su rumbo.

Rubén Coto

San José, Costa Rica.

Dos libros de Pijoán

=De La Vanguardia. Barcelona=

CASI al mismo tiempo he recibido dos libros de José Pijoán. El uno es el encantador librito *Mi Don Francisco Giner*. El otro, el segundo tomo de la *Historia del Mundo*, que viene publicando el editor Salvat. Estos dos libros tan diferentes en proporciones y en asunto, reflejan, cada uno a su modo, la original personalidad del autor.

El uno es una semblanza escrita con amor, pero con libertad; con devoción cordial de discípulo, no con devoción ñoña de beata. El título es exactísimo: *Mi Don Francisco Giner*, quiere decir el don Francisco Giner que yo conocí y que recuerdo. No es una biografía: es un retrato del recuerdo. Pijoán tiene naturaleza poética, y no sólo cuando hace versos. Este apunte realista y viviente de Giner, sorprendido en la intimidad de la Institución, en los paseos al Pardo, en las conversaciones familiares con los que acudían a él como a un guía espiritual, rebosa emoción y sensibilidad.

Las estrofas en *Cuaderna vía*, que son la dedicatoria del libro al maestro muerto, encierran en la forma arcaica elegida como un adorno erudito, un pensamiento actual y viviente. No son un ejercicio de clasicismo

remoto, sino un bello pórtico poético de este cuaderno de memorias.

Señor Don Francisco Giner de los Ríos,
ya más no os verán estos ojos míos
ni más oír los consejos píos
con que ordenasteis mis jóvenes bríos.

Os fuisteis arriba. Yo fui a Poniente
a hacerme una patria con extraña gente,
llevando conmigo la buena simiente
que vos me donasteis cual rico presente.

Cruzando la tierra, vadeando los mares,
marchando hacia el Norte, regiones polares,
viniendo hacia el Sur, a tierras solares,
el vuestro recuerdo alivió mis pesares.

Por eso un libro pequeño yo escribo
que diga a mi pueblo ingrato y esquivo
lo que vos sufristeis cuando aún erais vivo,
al verle caído, postrado, pasivo.

Fuí leyendo esta semblanza o memoria de Giner, lentamente, en los números del REPERTORIO AMERICANO comprendidos entre el 27 de agosto y el 12 de noviembre de 1927. Mientras estuvo publicándose, esperaba cada número con la impaciencia de un lector de novelas por entregas, aunque la curiosidad fuera más espiritual y se viera obligada a mayor espera; pues los números del REPERTORIO, llegan de dos en dos, de Costa Rica. Anticipé alguna impresión de lectura, cotejando este retrato, con otro—escrito con no menos amor—el *Mi Don Juan Maragall*,

del propio Pijoán. Al recibir ahora la edición completa, impresa con muy buen gusto, no quiero dejar de registrar la aparición del libro, llamado a hacerse raro, si no se reimprime, pues se ha hecho una corta tirada, cuyos ejemplares buscarán con afán los coleccionistas, a quienes no satisface conservar un texto selecto, de los que no mueren en la primera lectura, en un manojo de periódicos.

¿Cómo no se ha publicado en España esta semblanza tan interesante, tan animada, tan viva y al mismo tiempo tan henchida de noble emoción y de respeto, y ha ido a editarse a San José de Costa Rica? Giner dejó un grupo escogido de discípulos que conservan la devoción de su memoria y sus enseñanzas. Sus *Obras completas* están publicándose. Cada día se percibe con mayor claridad lo mucho que le debe la cultura española. Creo que no habrá sido por indiferencia hacia el trabajo literario de Pijoán.

Los continuadores de la obra

de Giner, han heredado con la misión y la enseñanza del maestro, la hostilidad sorda y taimada que acechaba a aquella empresa generosa de vivificación de la cultura y de educación cívica. Es una de las cargas de la herencia. En obsequio a la obra se han impuesto una gran moderación, una gran reserva, un cuidado exquisito de no herir ningún sentimiento, una ejemplar transigencia. Acaso algunos juicios de Pijoán y su visión independiente y a mi entender verídica de la época y de sus personajes, chocaba con aquella línea de conducta y con el severo ambiente de Port-Royal secular, del grupo. Pero como los caminos de la Providencia son infinitos, acaso ha sido provechoso que este cordial retrato se publique en América para hacer amar y conocer mejor allí al gran maestro español y despertar el interés hacia su obra.

La *Historia del Mundo*, de Pijoán, es un excelente tipo de libro histórico para *gens du monde*, es decir, para lo que en la sociedad actual ha venido

a substituir a las *gens du monde* del antiguo régimen: la clase media ilustrada, capaz para interesarse por estas lecturas, pero sin una sólida preparación culta. Las ediciones lujosas, adornadas con ilustraciones gráficas artísticas y bien escogidas, como es la de este libro, facilitan la introducción de los conocimientos en esa zona media del público, que lee por placer y para instruirse, sin miras determinadamente científicas. Necesitan de un texto ameno y literario, condiciones que reúne el de Pijoán. Arqueólogo, hombre de muy varias lecturas, de inteligencia y sentido estético muy despiertos, ha sabido dar novedad a la exposición histórica, complaciéndose y deteniéndose en los grandes asuntos y en los particulares de la Historia de la civilización. Para una iniciación en la Historia, es preferible un Manual o Tratado didác-

tico como el Mallet, que ofrece un resumen del estado actual de los conocimientos, mas el libro de Pijoán, en compensación de lo que le falta, ofrece partes que no se encuentran generalmente en los libros de su clase y que son propias para interesar e instruir al público, al que principalmente se dirigen.

En el segundo volumen, consagrado al mundo clásico, los capítulos referentes a la cuestión homérica, a la evolución de la filosofía griega, al teatro heleno, a la escuela de Alejandría, ponen al lector en comunicación con el mundo antiguo, mejor que la narración de los sucesos. Pijoán ha sabido dar originalidad a su cuadro histórico. Hay en sus conclusiones y en las analogías que establece muchas puntos de vista certeros. Su obra es la destilación de muchas lecturas bajo la guía de un pensamiento personal.

Andrenio

Del precioso librito *Mi don Francisco Giner*, tenemos ejemplares disponibles. A \$3.00 (un dólar para el exterior) el ejemplar.

Del Cuzco salió el nuevo verbo y del Cuzco saldrá la nueva acción

México, D. F.
29 de Marzo de 1928.

A J. Guillermo Guevara

Director de *La Sierra*,

Lima.

Querido compañero y amigo:

Esteban Pavletich, el benjamín de los desterrados peruanos por la causa antiimperialista, ha partido a Nicaragua para sumarse a los legionarios del *Apra* que ayudarán a Sandino en su lucha gloriosa por la soberanía de nuestra América. Antes de salir me transmitió el mensaje de Ud. pidiéndome unas declaraciones especiales para *La Sierra*. Mi reciente viaje al norte mexicano y la partida de nuestro compañero, no nos permitieron formalizar una entrevista, cumpliendo su deseo, y quedé yo con el encargo de enviar por mí mismo el testimonio de mi salud y adhesión a la revista que he de llamar *nuestra*, tan acertadamente dirigida por Ud.

Sigo paso a paso, tanto como lo permite la censura postal, el proceso de despertamiento y de organización de la juventud peruana. No podría desatenderme de él, siendo como soy testigo y actor de las primeras agitaciones que rompieron con la indiferencia y la falsa idea de acción juvenil, concebida en el ambiente de frivolidad limeña como un vacuo exhibicionismo. Antes de la Reforma Universi-

taria de 1919, nuestra juventud creía que masculinidad era donjuanismo y talento, viveza criolla. El mismo gran movimiento reformista habría naufragado en la tibia y convencional marejada de limeñismo cobarde si el ímpetu provinciano no hubiera renovado el ambiente lanzado por la borda de los últimos representantes de la reacción capitalina que ya conducían nuestro glorioso movimiento hacia el derrotismo y hacia el compromiso. Entonces fui yo el intérprete de ese gran anhelo provinciano y electo Presidente de la Federación, sin carrozas presidenciales ni lujos de sastrería, en medio de la inquietud del conflicto que el entonces Rector de San Marcos trataba de arrastrar hacia la transacción, sistema de limeñísima patente. Recuerdo aquella época con fruición porque creo que fué en aquellos días cuando apareció el nuevo espíritu de la juventud. La Reforma fué su anuncio. El Congreso Nacional de Estudiantes, corolario de la lucha reformista y remate de su victoria, fué el punto de partida de nuestra acción posterior. Por algo me empeñé, derrotando a la reacción limeña, en que esa asamblea se realizara en el Cuzco. El Congreso Nacional de Estudiantes fué otra victoria provinciana y otra victoria serrana. De nuevo la reacción encabezada por el mismo Rector y ayudado por los más connotados directores del limeñismo, desa-

rollaron cuanto esfuerzo les fué dable para evitar la reunión del Congreso primero y para impedir que se celebrara en el Cuzco después. Viene siempre a mi memoria con orgullo,—con el antivanidoso orgullo que da tantos alientos con cada victoria, acicate tan fuerte como el que producen las derrotas en los espíritus enérgicos—, la época en que solo o casi solo luché por llevar al Cuzco la primera asamblea de la juventud peruana, buscando el lugar más difícil y más lejano para reunirla porque presentía que de ella saldría el espíritu del Perú nuevo y porque sabía que sólo del Ande vendría esa renovación. ¡Díaz hermosos aquellos en que de entre la maraña de vaguedades y desaciertos adjetivos, fuimos construyendo la base definitiva de nuestras actividades de hoy! Recuerdo que en alguna de esas sesiones admirables, mientras discutíamos, retumbaban los truenos y se vaciaban las nubes sobre el Cuzco eterno. Muchos costeños no habían escuchado jamás el rugir de los cielos y creyeron quizá que la juventud nacional estaba dictando su nueva ley en el Sinai de América. Lo que quedaba de reaccionario en la juventud peruana fué batido en el Cuzco. Lejos de Lima el microbio de la reacción no tiene ambiente en el Perú. Pero hasta los mismos vencidos parece que sintieron el honor de su derrota. Jamás habían tenido enemigos tan grandes ni ambiente tan magnífico. La intriga llevada de Lima cuidadosamente no prosperó en el Cuzco. Fué como esos jazmines de invernadero que mueren en las faldas de las montañas florecidas, al contacto con la luz y el

aire libres. La altura quebró los botes del veneno llevado desde los limeños dormitorios sombríos. La lluvia lavó las manchas, el trueno y el rayo limpiaron los oídos y los ojos de los ensordecidos y de los miopes. Nuestro Congreso del Cuzco se penetró de un claro espíritu serrano. Nuestros pulmones respiraban mejor y nuestra sangre desintoxicada y activa dió a todos, aún a los más sórdidos, limpieza y alegría. Ya volviendo, después de la victoria, una medianoche en Crucero Alto, lavamos nuestros rostros y lavamos el rostro de los adormitados con la nieve nueva. Almas y cuerpos volvieron limpios y por largo tiempo duró el efecto purificador. Los reaccionarios limeños necesitaron meses para rehabilitarse a la atmósfera de las intrigas. ¡Hasta ellos!, ¿es posible?—habían vuelto más dignificados de la montaña.

Del Congreso del Cuzco,—lo dije en los discursos de inauguración y de clausura de la asamblea por no sé qué extraño acierto—, salió la nueva inspiración de la juventud peruana. De él, las Universidades Populares; de él, el interés de la juventud estudiosa por el problema social, de él la devoción por la causa indígena; de él, el magnífico sentimiento liberal que ofreció a América la victoria anunciadora del triunfo definitivo del futuro, el 23 de mayo de 1923; de él, el primer nexo con la juventud de trabajadores manuales. Muchos de los asistentes a ese Congreso, están en el destierro, todos casi están en la lucha. Los pocos ¿dónde están? se arrastran para que no olvidemos lo que fue la juventud ayer y, por repugnan-

cia, aprendamos a mantener la línea que logró el esfuerzo.

El Cuzco transformó a la juventud nacional como me había transformado a mí dos años antes. Por eso yo soy ciudadano del Cuzco, porque creo que el hombre nuevo que llevo en mí apareció en los principios de mi juventud durante mis largos meses de permanencia en el Cuzco. Yo no habría sentido devoción por la raza indígena ni amor por el Perú serrano, ni dolor por la injusticia social, ni rebeldía ante la barbarie hecha sistema político, si no hubiera vivido de cerca la vida del Cuzco. Hijo de serrano, no había visto la sierra sino al pasar por los caminos empinados y bellísimos que llevan a Cajamarca. Pero en buena hora fui al Cuzco y recorrí casi toda la extensión de sus provincias y llegué hasta el Lago y crucé sus aguas para convencerme que las fronteras entre Perú y Bolivia serranos, serán borradas algún día por la reconquista de los hijos de los Incas. Entonces y sólo entonces comprendí el problema grandioso y decidí hacerme soldado de la causa que luchara por su solución. Y en ella estoy y en ella estaré. He hecho poco pero no estoy insatisfecho. Me queda juventud y me queda decisión. Yo quiero que se sepa que estoy listo. Robé al placer y a las horas inútiles energías y tiempo que me han dado un tesoro de acción del que apenas he gastado adarmes. Me reservo, sin avaricia, para arrojarlo con mi sangre en la hora decisiva. Me reservo para cuando llegue el instante del retorno, que ha de venir pronto, para darlo como testimonio de mi sacrificio consciente a quienes deberán usarlo para el servicio de su reparación.

Perdóneme Ud. si me he detenido en estas remembranzas. Pero hace tiempo que quería decir a la juventud serrana del Perú cuánto admiro la línea que siguen, que es nuestra línea. Los muchachos cuzqueños que forman en París el núcleo de nuestra sección aprista ya me habían demostrado cuánto puede la juventud andina cuando se orienta y se disciplina. Las actividades que revela *La Sierra* me confirman en el gran optimismo que yo siento cuando pienso en la nueva juventud nacional, especialmente en la nueva juventud serrana. Hay quienes observan, — el crítico profesional vive todavía para acicate de los hombres de acción —, que el serranismo es un punto de vista llevado por Uds. excesivamente. Yo prefiero mil veces que miremos hacia nosotros con exageración a que nos perdamos en un internacionalismo simplista y necio o en un europeísmo de remedo, vicio de nuestros intelectuales, barniz de nuestras mediocridades. Soy indoeuropeísta porque creo con Engels que la realidad social

no se inventa, se descubre. No pertenezco a los que buscan el remedio de nuestros males fuera de nosotros mismos. Eso es como buscar en la luna la garantía de un buen parto. He vuelto de Europa más indoeuropeísta que nunca. He visto desde lejos a nuestra América con interés y con admiración. Convencido de la urgencia de su unidad, para defendernos del imperialismo amenazador, creo que cada país debe buscar sus verdaderos valores, reivindicarlos y ofrecer a la gran tarea histórica de luchar contra el enemigo del Norte y de afirmar nuestra soberanía, un contingente integral de cooperación cumpliendo los postulados de la justicia. Estoy convencido además de la misión verdaderamente extraordinaria que el pueblo del Perú ha de tener en esta gran obra de unificación y de defensa de nuestros pueblos. Y dentro del pueblo del Perú nadie podrá unir, o reunir, con más prestigio de tradición y de derecho al rescate, que los herederos de los Incas, grandes unificadores de América.

Pero esa es tarea de nuestra generación. No desesperemos. Sigamos trabajando. Se oye ya el canto lejano de las elegías que anuncian el paso de una generación sin visión gloriosa. ¿Qué quedará de ella? Nuestra generación lo ha de ver. Tumbas. El advenimiento renovador raspará hasta el polvo que se fijó la huella engañosa. El tiempo nos está vengando. A veces hay que bendecir el paso de la muerte. Pero mientras unos se van, nosotros llegamos. Como en los veranos nórdicos el que en la noche sigue a la estrella polar tiene a su siniestra la mancha enrojecida y desfalleciente del crepúsculo y a su diestra el resplandor expansivo de las luces aurales. Nosotros marchamos al norte, hacia nuestro norte y hacia nuestra estrella. La nueva luz iluminará nuestra marcha y nuestra sombra, ¡sólo la sombra! seguirá la línea de las luces muertas. El nuevo día está cercano.

Mientras tanto sigamos marchando, sigamos trabajando. Sigamos organizándonos y afianzando la gran unidad. Nuestra generación partió del Cuzco hace ocho años para proclamar su palabra de rebeldía y de renovación al Perú y a la América. Retornará al Cuzco a hacer la obra. Del Cuzco salió el nuevo verbo y del Cuzco saldrá la nueva acción. Sigamos entre tanto engrandeciéndonos en el sacrificio y afirmando la fe en nuestras conciencias. Al grito inicial de hace ocho años se han unido clamores innumerables. Canto de anuncio ayer, grito de guerra hoy, himno de victoria mañana. La voz de la juventud peruana desde el Ande entona su canción de gesta.

Y a Ud. y a todos los colaboradores de la obra noble, cordialmente contra mi pecho.

Haya Delatorre

(*La Sierra*, Lima, Perú)

Gracia plena

*Este romance, para doña
Angélica Sancho de Jiménez*

*Todo está lleno de ritmo,
todo está lleno de gracia;
juega el niño y se sonríe
y brinca ágil la gata.*

*La flor revienta, y la nube
se deshace en lluvia clara.
La amada mueve sus brazos
y alegre y feliz me abraza
y yo siento que en el mundo
palpita, escondida, un alma
que todo lo hace armonioso,
todo lo llena de gracia.*

*Mientras los astros describen
sus trayectorias y pasan,
aquí salta juguetona
esta mi gatita blanca
y los niños la celebran
con gritos y carcajadas.*

*Todo tiene un noble aliento
de dicha y de paz.*

*La casa
es un regazo bendito
donde el alma se solaza
—como Fray Luis de León—
con lo que Dios nos depara,
y hasta el sol me ha parecido
que entró hoy por la ventana
más alegre y más seguro
como si a su casa entrara.*

*Y hasta el pan, iluminado,
es una fruta dorada!*

*Qué profunda esta alegría
y qué quieta está en el alma;
no hay nada innoble ni feo,
no hay ninguna cosa mala,
el mundo todo parece
lleno de ritmo y de gracia!*

Rogelio Sotela

Junio, 1928.

NUEVA EMPRESA

Apart.
1108



Teléf.
488

Taller de reparación de automotores

SANARRUSIA Y LEITÓN

Lado Sur del Teatro Nacional

El genio en Ibero-América

= De *Lecturas Dominicales*, Bogotá =



José Martí

COMÚNMENTE negamos su existencia en nuestro medio; cuando se nos habla de genio, algunos pensamos en el Dante, pensamos en Platón, pensamos en Beethoven. Si se nos estrecha un poco más y se nos exige que nos pongamos más humanos y que pensemos en el genio político, en seguida recordamos a Bolívar entre los genios que fracasaron y si hemos de señalar un hombre de genio político con éxito es necesario saltar fuera de nuestra cultura para encontrar nombres como Bismarck o Cecil Rhodes; o como Washington y el Barón de Río Branco en nuestra América. Resulta pues que de todas maneras vivimos, vive el hombre de nuestra raza en una situación peculiar un poco humillante dado que tiene que salir de su propia tradición para encontrar modelos dignos: al fin y al cabo eso es un genio, un modelo para la acción o un guía para el sentimiento y el pensamiento. Esta situación no es propia sin embargo únicamente de los iberoamericanos; los grandes genios de la humanidad se cuentan por docenas y no todas las razas a veces, ni las más antiguas razas, pueden ufanarse de haber producido una de esas antorchas. Pero lo que determina la decadencia o la grandeza de un pueblo es la fidelidad con que sabe ajustar su acción colectiva a las luces de esa aristocracia espiritual que necesariamente aparece aun en el seno de los más humildes grupos humanos. Dentro de sus cuadros modestos cada raza y cada época cuentan con hombres capaces de ese esfuerzo que nos distingue del bruto, esfuerzo sin el cual nos volvemos peores que el bruto: el esfuerzo que nos hace capaces de «distinguir la luz de las tinieblas»; no encuentro mejor manera de expresarlo. Hombres capaces de distinguir la luz y de captarla y de envolverse en ella para hacer de sus vidas una luminaria, los tienen todos los pueblos, todas las civilizaciones. La varia fortuna de los pueblos depende, sin embargo, de que unas veces siguen esas luminarias y otras las hacen a un lado, las persiguen, se esfuerzan en apagarlas. La historia de nuestra América hispánica en este su primer siglo de bochorno, se explica con sólo seguir la historia de casi todos aquellos que en nuestro medio lograron renovar la hazaña de Prometeo; raptar el fuego de la sabiduría para encender la ruta de las naciones. Casi sin excepción, cada uno de ellos ha sido perseguido, calumniado, injuriado, exiliado y finalmente asesinado. Asesinado físicamente con los rifles de la tiranía o asesinado espiritualmente con el olvido, con la negación y la befa de sus doctrinas.

Nuestro crimen adquiere los rasgos trágicos de un ciego, perverso y confuso suicidio colectivo, gracias a las apoteosis, que siempre dedicamos a aquellos mismos que acabamos de

degollar. La apoteosis nos sirve para acabar de enterrar la idea, que una generación mató en el hombre físico y que varias generaciones sucesivas siguen matando en el hombre ideal. Esto se hace patente en la facilidad con que erigimos monumentos a nuestros grandes, a la vez que nos olvidamos de lo que predicaron y de lo que fueron. Se diría que más bien que estatuas lo que queremos construirles es lápidas. Muy firmes lápidas a fin de que ni siquiera el espectro venga a turbar a los vivos en el festín canibal de los éxitos partidistas y personales. Es claro que hay excepciones y las excepciones se vuelven enseguida éxitos nacionales. Sarmiento en la Argentina; pero la regla es la que vengo diciendo desde Bolívar hasta Francisco Madero. Raza que ignoras a tus grandes, que traicionas a tus guías, o te rectificas rápidamente o te texanizas y te pierdes. Las multitudes no pueden avanzar sin guías; de allí que un pueblo que niega a sus Dioses tarde o temprano cae en el servicio de algún Dios extranjero. Multitud somos todos en la marcha misteriosa. Busquemos pues a nuestros propios dioses; busquémoslos todos aquellos que todavía alentemos la esperanza de salvar de la

texanización a nuestra América. Levantemos a nuestros Dioses; así he interpretado las palabras de Godoy y de Ventura García Calderón en el prospecto de una edición completa de las obras de José Martí; así comprendo el propósito del Instituto de Cooperación Internacional de París, de hacer esa edición por su cuenta, ya que según parece la primera proyectada no ha podido concluirse. Son si se quiere Dioses menores, los nuestros, comparados con los genios universales de que hablamos al principio de estas líneas; pero no es posible organizar a un pueblo si no es a base del culto de lo mejor que posee. Formalicemos ese culto haciendo que sea culto provechoso del espíritu y no mera ceremonia de rito oficial que equivale a lápida. Acaban de levantarle a Martí el monumento; hagamos que no se convierta en lápida: para ello procuremos difundir el conocimiento de la obra de Martí.

Por fortuna Martí no es uno de esos falsos genios tan abundantes en la política iberoamericana que nada dejaron escrito porque no tuvieron oportunidad de aprender a escribir o aprendieron ya muy tarde. La vida de Martí fué agitada como la del que más; vida de perseguido

y de profeta, pero como tenía qué decir lo dijo: sólo los que no tienen qué decir callan: el genio se expresa y Martí se expresó, escribió mucho en prosa y en verso; pocos conocen toda la extensión de sus escritos y habrá que esperar a que la obra del Instituto de Cooperación se concluya para poder emitir opiniones completas. Por fortuna no es necesario leer todo Martí para darse cuenta del extraño poder superior que en el hombre habitaba.

Martí es hombre de fines del diecinueve; así es que su leyenda está viva y acrecentada con testimonios de quienes lo vieron, lo oyeron conversar y lo amaron. En la casa de don Federico Henríquez y Carbajal, en Santo Domingo, vi retratos dedicados de puño y letra de Martí a personas de aquella ilustre familia; en un rincón de la sala se conserva un busto que, según don Federico, es de un parecido exacto. A mí me dicen muy poco los rostros humanos; veo detrás de ellos luz o veo sombras, o no veo nada. Los rasgos físicos no me fijan la atención, y si soy yo quien la fija, descubro no sé qué temblor que me recuerda a la bestia, siento compasión, inclusive de mí mismo, y salto a otra contemplación y a otro pensamiento. Me parece una crueldad o una ofensa estar diseccionando facciones—no hay término al horror que de allí se deriva.—Antes, antes de que me librara de aquel demonio a que se refiere Eurípides, yo soportaba y aun buscaba el rostro juvenil de las mujeres—nunca con espíritu crítico y si con una embriaguez voluptuosa que también contribuía a que las facciones se me borraran; me quedaba sólo la impresión de fragancia, fuego y perfume. En resumen nada que pudiera servir al fisionomista. Luego, durante toda la vida, he practicado el sistema anti-analista de tomar a las gentes en globo para amarlas o para detestarlas, de suerte que para mí el arte del retrato no sólo no existe, sino que me molesta; me desagradaba a tal punto que no perdono ni a los buenos pintores: Doy Rembrandts y Vincis por cualquier rostro semidesfigurado, pero simbólico, de cualquier anónimo bizantino. La cabeza de la Venus me parece tonta, así es que me recreo en el deleite de sus senos; la cabeza de Minerva suele causarme éxtasis, pero porque no se parece a ninguna cabeza humana. Se ve enseguida cuán poco atinado sería todo lo que yo pudiera decir de la cabeza de Martí, tal como pude imaginarla delante de los retratos de don Federico. Me gustó, sin embargo, por desmaterializada; mucha imaginación hacia la frente espaciosa; débil el rostro por las partes que comunmente, en el héroe, han de ser macizas: la quijada, el mentón; se diría un ángel, a no ser por cierta humana fealdad. Tenía también la tristeza de los predestinados; el sello dantesco de amargura

He pasado frente a una cartelera; me he detenido; he leído un cartel. No, no; no está aquí lo que yo busco. En la próxima vez, seguramente que sí estará. Han pasado seis, ocho días. De nuevo paso ante una valla, en que hay colocados varios carteles; uno de ellos—en papel amarillo—hace que me detenga un momento; voy leyendo una larga lista que figura en él; no está tampoco lo que yo esperaba encontrar; en los periódicos, ocho días más tarde, tampoco encuentro ese nombre que busco, en la gaceta de un espectáculo. Y pasa un mes; el cartel amarillo vuelve a aparecer en las vallas, en las carteleras; seguramente que ahora sí que voy a dar con este nombre tan ansiado para mí. Sí, no puede faltar; antes había sido un olvido el no ponerle; además, es preciso poner otros nombres; siempre no podrá figurar el que yo busco. Pero ahora es tiempo ya; es tiempo después de tantas semanas, de tantos meses de ausencia. Y tampoco ahora figura ese nombre; la contrariedad en mí se convierte en una sorda irritación. ¿Es que no merece este nombre figurar entre los demás nombres que aparecen en esos carteles? En las listas de nombres hay algunos ilustres; otros son sencillamente estimables; algunos responden a una obra mediocre, mala. ¿Por qué el nombre que yo busco no ha sido incluido en ninguna de esas listas? Acaso sea sólo casualidad la tal omisión; espere-mos un poco; tengamos paciencia; el nombre ansiado acabará por surgir en los carteles.

Y pasan meses, años, y el nombre no surge. ¡Pobrecito nombre! Pobrecita la realidad poética, sentimental, trágica que corresponde a ese nombre! Durante muchos, muchos años, ese nombre no ha podido figurar en las antologías de poetas; durante muchos, muchos años, los historiadores de literatura española han pasado ligeramente sobre ese nombre. Se formaba una colección escogida de poesías; figuraban en esos volúmenes poetas ilustres, excelentes, aceptables, mediocres; el nombre de este poeta era siempre olvidado. El olvido era irritante: la injusticia que se cometía con tal silencio era absurda y ridícula. Si en esas antologías figuraban tantos poetas vulgares, ¿de qué

coronada de gloria. Está viva todavía, por las Antillas, la estela del paso de Martí... y cuán pocos son los que dejan estela!

Comienzan los editores la publicidad de las obras de Martí con el tomo que corresponde a los versos. Con motivo del reciente Congreso Panamericano y la inauguración del monumento a Martí que durante él se verificó, dichos versos resultan de una curiosa, casi misteriosa oportunidad. Son versos de genio que no es posible pasar en silencio; pero por el momento y

modo no dar entrada en ellas a un verdadero, exquisito poeta? Y podía pasar la omisión, podrían ser disculpadas las colecciones ordenadas por gente ignorante de nuestro Parnaso. Pero, ¿y en eruditos tan excepcionales como Méndez Pelayo? ¿Y en hombres de gusto tan delicado, fino, como este querido maestro? De este querido maestro, que hacía años, muchos años, que citaba y elogiaba obras tan desconocidas del gran público—y de tan subido valor poético—como *El Centauro*, de Mauricio de Guerin.

Y los esfuerzos, la insistencia, la reiteración en la advertencia, la perseverancia en la protesta de un escritor, hicieron que, al fin, en una antología, una antología de poetas, figurara este magnífico poeta. No estaba esa

antes de ocuparnos de ellos, es menester repetir lo que el propio Martí dijo de ellos, a saber:

«Mis amigos saben cómo me salieron estos versos del corazón. Fue aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo en que

colección publicada en España; se publicaba en Inglaterra, en Oxford; pero, al cabo, el triunfo era evidente; la injusticia se hallaba reparada; por primera vez, Rosalía de Castro, la grande y querida Rosalía—tan grande y querida como Marcelina Desbordes-Valmore, entraba en las antologías de poetas españoles.

Y al correr del tiempo, otra vez el olvido y la injusticia tornan a rondar el nombre de Rosalía. No he visto ese nombre entre los poetas que suelen formar los programas de las gentiles recitadoras de poesías. Figuran en esos programas poetas ilustres; otros que no lo son tanto; otros que son—¡ay!—reconocidamente mediocres. Y nunca de los limbos de lo preté-

Azorín

Su sonrisa triste

Evocación

= De ABC Madrid =



Rosalía de Castro

rito surge y avanza en la escena la cara triste, con sus ojos anchos, expresivos, con su boca grande, boca que sonríe y llora a la vez, de Rosalía de Castro. Y que ahora, en este minuto, al escribir estas líneas, veo al gran poeta, allá entre las nieblas de su tierra nativa, en el silencio profundo de la campiña, en una ventana, desde la que se divisa un reducido cementerio que se extiende bajo un cielo ceniciento, plomizo.

¿Acabará por entrar Rosalía de Castro en los programas de recitaciones poéticas? ¿Ha entrado ya, y yo padezco en este momento una alucinación? Y si entrara, alguna vez, en esos programas, ¿tendría yo el valor de asistir a alguno de esos festivales de la poesía? ¡El valor! Sí, el valor. ¡Qué cosa tan fina, tan sutil, tan quebradiza es la poesía lírica! Se nos asemeja un transparente y delgadísimo vidrio de Venecia. Cada poesía tiene su ritmo peculiar; no el ritmo de la medida externa, sino otro interior, escondido. Y ese ritmo lo va percibiendo el lector a medida que va leyendo, allá en lo más hondo de su espíritu. Si leyéramos en voz alta esa bella poesía lírica, ese ritmo no podría ser percibido; el ruido y la inflexibilidad de las palabras, estorbarían al ser recitado. Con palabras dichas, pronunciadas, no podríamos percibir ese ritmo. Necesitamos el silencio; es indispensable la paz, el sosiego, la inmovilidad, para que ese ritmo se produzca y gocemos de él con profunda voluptuosidad. ¿Cómo acordar ese ritmo de la poesía lírica, de tal o cual poeta; ese ritmo que creamos nosotros, que es tanto nuestro como del poeta, con el ritmo que de ese mismo poeta va a darnos—con arte maravilloso, sí—una recitadora? Forzosamente habrá una disparidad entre nuestro ritmo y el que se nos ofrezca en la recitación.

Tal vez Rosalía de Castro se halla bien—en cuanto a las recitaciones públicas—en los limbos del olvido y de la preterición. Y acaso veamos mejor lejos del ruido de las voces, del clamor de los aplausos, su sonrisa melancólica, la sonrisa triste—triste y bondadosa—de su ancha y expresiva boca.

el águila de Monterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América? Y la agonía en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiésemos los cubanos, con manos parricidas, ayudar al plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de

la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana, me quitaron las fuerzas mermadas por dolores injustos...

La mano tiembla al copiar estas dolorosas profecías; así temblará el alma entera a medida que sigamos la lectura de los *Versos Sencillos* del maestro cubano. Ellos son la estructura apenas pulimentada de un pensamiento que el mismo poeta define como espada hecha de luz de estrellas.

José Vasconcelos

Página lírica

de Rosalía de Castro

=Del tomo *En las orillas del Sar*. Madrid. 1909=

Margarita

I

¡Silencio, los lebreles
de la jauría maldita!
No despertéis a la implacable fiera
que duerme silenciosa en su guarida.
¿No veis que de sus garras
penden gloria y honor, reposo y dicha?

Prosiguieron aullando los lebres...
—¡los malos pensamientos homicidas!—
y despertaron la temible fiera...
—¡la pasión que en el alma se adormía!—
y ¡adiós!, en un momento,
¡adiós gloria y honor, reposo y dicha!

II

Duerme el anciano padre, mientras ella
a la luz de la lámpara nocturna
contempla el noble y varonil semblante
que un pesado sueño abrumba.

Bajo aquella triste frente
que los pesares anublan,
deben ir y venir torvas visiones,
negras hijas de la duda.

Ella tiembla..., vacila y se estremece...
¿De miedo acaso, o de dolor y angustia?
Con expresión de lástima infinita,
no sé qué rezos murmura.
Plegaria acaso santa, acaso impía,
trémulo el labio a su pesar pronuncia,
mientras dentro del alma la conciencia
contra las pasiones lucha.

¡Batalla ruda y terrible
librada ante la víctima, que muda
duerme el sueño intranquilo de los tristes
a quien ha vuelto el rostro la fortuna!

Y él sigue en reposo, y ella,
que abandona la estancia, entre las brumas
de la noche se pierde, y torna al alba,
ajado el velo..., en su mirar la angustia.

Carne, tentación, demonio,
¡oh!, ¿de cuál de vosotros es la culpa?
Silencio!... El día soñoliento asoma
por las lejanas alturas,
y el anciano despierto, ella, risueña,
ambos su pena ocultan,
y fingen entregarse indiferentes
a las faenas de su vida obscura.

III

La culpada calló, mas habló el crimen...
Murió el anciano, y ella, la insensata,
siguió quemando incienso en su locura,
de la torpeza ante las negras aras,
hasta rodar en el profundo abismo
fiel a su mal, de su dolor esclava.

¡Ah! Cuando amaba el bien, cómo así pudo
hacer traición a su virtud sin mancha,
malgastar las riquezas de su espíritu,
vender su cuerpo, condenar su alma?
Es que en medio del vaso corrompido
donde su sed ardiente se apagaba,
de un amor inmortal, los leves átomos
sin mancharse, en la atmósfera flotaban.

¡Volved!

I

Bien sabe Dios que siempre me arrancan tristes lágrimas
aquellos que nos dejan,
pero aún más me lastiman y me llenan de luto
los que a volver se niegan.

¡Partid, y Dios os guíe!... pobres desheredados,
para quienes no hay sitio en la hostigada patria;
partid llenos de aliento en pos de otro horizonte,
pero... volved más tarde al viejo hogar que os llama.

Jamás del extranjero el pobre cuerpo inerte,
como en la propia tierra en la ajena descansa.

II

Volved, que os aseguro
que al pie de cada arroyo y cada fuente
de linfa transparente,
donde se reflejó vuestro semblante,
y en cada viejo muro
que os prestó sombra cuando niños erais
y jugabais inquietos,
y que escuchó más tarde los secretos
del que ya adolescente
o mozo enamorado,
en el soto, en el monte y en el prado,
dondequiera que un día
os guió el pie ligero...,
yo os lo digo y os juro
que hay genios misteriosos
que os llaman tan sentidos y amorosos
y con tan hondo y dolorido acento,
que hacen más triste el suspirar del viento
cuando en las noches del invierno duro
de vuestro hogar que entristeció el ausente,
discurren por los ámbitos medrosos,
y en las eras sollozan silenciosos,
y van del monte al río
llenos de luto y siempre murmurando:
«¡Partieron!... ¿Hasta cuándo?
¡Qué soledad! ¿No volverán, Dios mío?»
.....
Tornó la golondrina al viejo nido
y al ver los muros y el hogar desierto,
preguntóle a la brisa:—¿Es que se han muerto?—
y ella en silencio respondió:—¡Se han ido
como el barco perdido
que para siempre ha abandonado el puerto!

Las campanas

Yo las amo, yo las oigo,
cual oigo el rumor del viento,
el murmurar de la fuente
o el balido del cordero.

Como los pájaros, ellas,
tan pronto asoma en los cielos
el primer rayo del alba,
le saludan con sus ecos.

Y en sus notas, que van prolongándose
por los llanos y los cerros,
hay algo de candoroso,
de apacible y de halagüeño.

Si por siempre enmudecieran,
¡qué tristeza en el aire y el cielo!
¡Qué silencio en las iglesias!
¡Qué extrañeza entre los muertos!

Otras canciones

* * *

Todas las campanas con eco pausado
doblaron a muerto:
las de la basilica, las de las iglesias,
las de los conventos;
desde el alba hasta entrada la noche
no cesó el funeral clamoreo:
¡Qué pompa! ¡Qué lujo!
¡Qué fausto! ¡Qué entierro!

—

Pero no hubo ni adioses ni lágrimas,
ni suspiros en torno del féretro...

¡Grandes voces sí que hubo!... Y cantáronle,
cuando le enterraron, un *Requiem* soberbio.

* * *

Siente unas lástimas,
¡pero qué lástimas!...
Y tan extrañas y hondas ternuras...
¡pero qué extrañas!

Llora a mares por ellos,
les viste la mortaja
y les hace las honras...
Después de que los mata.

* * *

Dicen que no hablan las plantas, ni las fuentes, ni los pájaros,
ni el onda con sus rumores, ni con su brillo los astros;
lo dicen, pero no es cierto, pues siempre cuando yo paso
de mí murmuran y exclaman: —Ahí va la loca, soñando
con la eterna primavera de la vida y de los campos,
y ya bien pronto, bien pronto, tendrá los cabellos canos,
y ve temblando, aterida, que cubre la escarcha el prado.

—Hay canas en mi cabeza; hay en los prados escarcha;
mas yo prosigo soñando, pobre, incurable sonámbula,
con la eterna primavera de la vida que se apaga
y la perenne frescura de los campos y las almas,
aunque los unos se agostan y aunque las otras se abrasan.

Astros y fuentes y flores, no murmuréis de mis sueños;
sin ellos, ¿cómo admiraros, ni cómo vivir sin ellos?

* * *

Son los corazones de algunas criaturas
como los caminos muy transitados,
donde las pisadas de los que ahora llegan,
borran las pisadas de los que pasaron:
no será posible que dejéis en ellos,
de vuestro cariño, recuerdo ni rastro.

* * *

Con ese orgullo de la honrada y triste
misericordia resignada a sus tormentos,
la virgen pobre su canción entona
en el misero y lóbrego aposento,
y mientras ella suspira murmura a sus oídos
otra voz: «No seas tonta;

entre plumas y rosas descansenos,
que hallo mejor anticipar los goces
de la gloria en la tierra, y que impaciente
por ti aguarde el infierno;
el infierno a quien vence el que ha pecado
con su arrepentimiento.
¡Bien hayas tú, la que el placer apuras,
y tú pobre y ascética mal hayas!
la vida es breve, el porvenir obscuro,
cierta la muerte, y venturosa aquella
que en vez de sueños realidades ama».

Ella, triste, de súbito suspira
interrumpiendo su cantar, y bañan,
frías y silenciosas,
su semblante las lágrimas.

¿Quién levantó tal tempestad de llanto
en aquella alma blanca y sin rencores
que aceptaba serena su desdicha
con fe, esperando en los celestes dones?
¡Quién!... El perenne instigador oculto
de la insidiosa duda; el monstruo informe
que ya es la fiebre del carnal deseo,
ya el montón de oro que al brillar corrompe,
ya de amor puro la fingida imagen...
Otra vez el de siempre... ¡Mefistófeles!
que aunque hoy así no se le llame, acaso
proseguirá sin nombre la batalla,
porque mudan los nombres, mas las cosas
eternas, ni se mudan ni se cambian.

* * *

Sed de amores tenía, y dejaste
que la apagase en tu boca
¡piadosa samaritana!
Y te encontraste sin honra,
ignorando que hay labios que secan
y que manchan cuanto tocan.

—
¡Lo ignorabas!..., y ahora lo sabes,
pero yo sé también, pecadora
compasiva, porque a veces
hay compasiones traidoras,
que si el sediento volviese
a implorar misericordia,
su sed de nuevo apagaras,
samaritana piadosa.

—
No volverá, te lo juro;
desde que una fuente enloda
con su pico esas aves de paso,
se van a beber a otra.

* * *

Sintiéndose acabar con el estío
la desahuciada enferma,
—¡moriré en el otoño!—
pensó entre melancólica y contenta,
y sentiré rodar sobre mi tumba
las hojas también muertas.

Mas... ni aun la muerte complacerla quiso,
cruel también con ella:
perdonóle la vida en el invierno,
y cuando todo renacía en la tierra
la mató lentamente, entre los himnos
alegres de la hermosa primavera.

Esto ocurrió antaño, y parece de hoy...

Los faraones como que también practicaron su Doctrina de Monroe

Otro esfuerzo exterior de los faraones de las primeras dinastías era el de mantener la supremacía en la Nubia y la península del Sinaí. La Nubia, continuación del valle del Nilo hasta el Sudán, es un país seco, sin oasis, pero rico en oro, y por esto los faraones pusieron siempre gran empeño en mantenerlo libre de otras influencias. Sin establecer allí colonias permanentes, los primeros faraones tenían en la Nubia pequeños fuertes,—como las factorías que trataban con los indios de América,—para obtener este oro de los trogloditas nubios a cambio de pacotilla. Más tarde les impusieron contribuciones anuales y así obtuvieron el oro que les sirvió después para desmoralizar la política del Asia, cuando los faraones pusieron sus miras más allá del Valle del Nilo.

También, ya desde los primeros días del Egipto, los faraones trataron de dominar en la península del Sinaí. Allí se encontraban cobre y turquesas, y las inscripciones del Valle de Uadi-Magara, donde estaban las mejores minas, cuentan la historia de la metalurgia primitiva del Egipto. Hay ya relieves de la primera dinastía con la figura de un rey de tamaño mayor que el natural que aplasta a un beduino con su lanza. Hay también otros de la tercera dinastía, y uno de Keops, de la cuarta, el constructor de la gran pirámide. Pero los egipcios tampoco mantuvieron guarniciones permanentes en el Sinaí; cuando un faraón necesitaba cobre, organizaba una expedición, cuyo mando confiaba a un alto funcionario. Una de ellas llevaba 500 asnos para la carga; en otra expedición del tiempo de Ramsés IV tomaron parte 8.000 hombres, mandados por capataces que eran *los ojos y los oídos* del faraón.

Hoy empezamos a comprender por qué y cómo el Egipto se lanzó a la conquista del Asia. Persiguiendo más allá del istmo a los *hyksos* o *pastores*, los faraones empezaron a sentir la sed de dominio y de explotación de las naciones vecinas.

José Pijoán

(Historia del Mundo)

Los nuevos valores de la literatura rusa: Ilya Ehrenburg

DESDE Gógol hasta nuestros días, la literatura rusa no ha dejado de ser pródiga en poetas y humoristas. La fórmula del genial autor de *Almas muertas*: «Sonreír entre las lágrimas», ha sido observada por casi todos los grandes escritores eslavos. Como que según la gráfica expresión de Dostoievsky todos ellos salieron de debajo de *La capa* de Gógol, un cuento humorístico.

¿Qué mucho, pues, que tras de Chejov y Chedrin, Remízov y Averchenko, dos nuevos humoristas se destaquen con perfiles propios en el nuevo panorama de la literatura rusa?

Trátase de dos jóvenes escritores cuyas obras todavía no están en castellano: Babel y Ehrenburg.

Del original cuentista de *La caballería roja* de Budenny hemos de ocuparnos en una nota próxima. Mientras, hablemos de Ilya Ehrenburg, el poeta humorista de *Las aventuras de Julio Jurenito y sus discípulos*, cuyo retrato de carácter ha hecho el pintor judío Mané-Katz.

Ilya Ehrenburg nació en Kiev el 27 de enero de 1891. Aunque de origen israelita, su infancia transcurre en Moscú, gracias a las leyes de excepción. Pero a los diez y seis años, Ehrenburg abandona el colegio para estudiar por su cuenta en la gran escuela de la vida. No obstante su juventud, el futuro poeta resulta muy pronto complicado en una reunión de soñadores revolucionarios y condenado a un año de prisión por el régimen zarista. En 1914 tiene que abandonar el territorio ruso como emigrado político.

Después de vagar por todos los países de Europa, Ehrenburg fija su residencia en París, donde se ve obligado a ejercer los más diversos oficios, desde el de peón jornalero, hasta el de cicerone o intérprete de turistas en los museos.

Durante la gran guerra, Ehrenburg es enviado como corresponsal al frente inglés. En 1917 es expulsado, como tantos otros rusos, de París.

De regreso en su país natal, la revolución lo pone al frente de una sección de enseñanza estética en Ucrania. Desde 1917 hasta 1920 Ehrenburg es detenido ocho veces. En 1920 acepta un puesto de maestro en una pequeña ciudad de provincia, para ascender al final del mismo año hasta el grado de corresponsal diplomático. En 1921 es apresado por la Tcheka. Consigué al fin escapar hacia el sur de Rusia, pero allí es víctima del ejército blanco. Su vida peligra seriamente en un pogrom. Por suerte, un oficial judío de la armada de Kornílov lo salva de la sanguinaria banda de Makhno.

En 1921, Ilya Ehrenburg vuelve a París, y todo el film de su

vida azarosa y novelesca halla expresión espiritual en su libro *Las aventuras de Julio Jurenito y sus discípulos*, considerado por Lenin como el más inteligente de los libros escritos acerca de la gran guerra.

Antes de *Las aventuras de Julio Jurenito y sus discípulos*, Ilya Ehrenburg había publicado algunos ensayos sobre la guerra y la revolución y un volumen de historias inverosímiles, donde, según uno de sus traductores, es fácil hallar reminiscencias de *Cándido* y el tono burlesco de Remízov.

Por aquella misma época (1921) Ehrenburg escribía y traducía versos. Dos libros originales de poesía figuran en la lista de sus obras y otros dos volúmenes de traducciones. Uno de los poetas castellanos del siglo XVII y otro de baladas de François Villon.

Pero es en *Las aventuras de Julio Jurenito* donde se revela claramente el espíritu poético de Ehrenburg y donde se refleja también algo de su vida ya anotada aquí escuetamente, según los datos proporcionados a Pierre Mac Orlan por el mismo Ehrenburg.

El humorista ruso cuenta un poco a la manera de Jacques Tournebrouche las extraordinarias aventuras de su maestro mejicano Julio Jurenito y sus discípulos monsieur Delhaie, Carl Schmidt, mister Cool, Alexis Fichin, Ercole Bambuct, Ilya Ehrenburg y el negro Aicha..., cuyas nacionalidades son fáciles de adivinar a través de los pintorescos nombres...

Las aventuras de estos personajes tienen lugar durante los días de la paz, de la guerra y de la revolución, en París, México, Roma, Moscú y el Senegal.

Figuran en primer término los antecedentes biográficos del maestro y después sus opiniones acerca de las pipas, del amor, del juego, de la raza judía, etc.

El encuentro de cada uno de los discípulos permite al humorista ruso trazar regocijadas siluetas, y algunas veces mostrar de paso cómo entienden a Rusia los extranjeros «empapados» de Tolstói y Dostoievski.

Las extraordinarias aventuras de Julio Jurenito y sus discípulos, que forman dos gruesos volúmenes, sólo han podido aparecer en la República de los Soviets gracias a un prólogo de Bujárin.

De esta obra hay una traducción fragmentaria en francés, publicada bajo la dirección de Pierre Mac Orlan en su *Collección literaria y artística internacional*.

Ilya Ehrenburg es también autor de otras novelas de ambiente cosmopolita, traducidas al inglés, alemán, noruego, checo, idisch y danés.

Una de esas novelas, titulada *El Trust D. E.* historia fantástica de un trust industrial que hace construir un túnel subterráneo entre Petrogrado y Nueva York, ha sido llevada a la escena por Meyerhold en su célebre teatro de Moscú.

Infatigable viajero, Ilya Ehrenburg vaga constantemente con su gorra y su pipa de una ciudad a otra, y en los cafés literarios de Berlín y París escribe con frecuencia artículos y ensayos sobre los nuevos poetas y escritores rusos. En Alemania se ha publicado una serie escogida de sus cuentos humorísticos y su última novela: *El amor de Juana Ney*.

Enrique Espinoza

Bs. As., Rep. Ar.

Die Literarische Welt, en su número dedicado a la nueva literatura rusa, publica un interesante reportaje a Ehrenburg, por Valeriu Marcus, y un artículo inédito del mismo Ehrenburg, en el que recuerda a nuestro Rabí Sem Tob, «de azas recomendables sentencias».

El lector interesado en hallar una muestra española del humorismo de Ehrenburg debe buscar su cuento *La cervecería El Descanso Rojo*, publicado en una de las entregas de la *Revista de Occidente*, y otro, *La Pipa*, en *La Gaceta Literaria*, de Madrid.

Noticia.—En próximas entregas daremos los dos cuentos de Ehrenburg a que se refiere nuestro excelente colaborador.



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

La revaluación del maestro

=De Cromos. Bogota=

Luis Bello es uno de los orgullos de la España letrada y uno de los valores más sustantivos dentro de la vida peninsular.

Desde las páginas de *El Sol*, diario que, editado en Madrid, refleja gravemente todo el movimiento literario y cultural de los españoles, pudimos seguir la admirable faena que en los últimos meses hiciera Luis Bello enderezando sus pasos hacia las escuelas primarias de la provincia.

Hay que loar esa doble acción: la del viajante y la del literato. De escuela en escuela, a través de un país mal labrado por los caminos, Bello quiso tomarle el pulso al vivir provincial. En esa peregrinación, naturalmente lenta y pensativa, hecha con devoción y con ánimo crítico, tuvo que ejercitar la serenidad de la visión, la firmeza del tacto y una libertad de espíritu irrefutable. Luego terminada la labor del viajero, el hombre de letras tuvo que ser fiel al equipaje de ideas y de imágenes que aquél le proporcionara como botín. Ambas cosas ha hecho Luis Bello. De ahí el interés hondo y humano de su andanza recogida en tres volúmenes de talla corriente por la tenaza de una prosa certera.

Visitas de Escuelas no es solamente una de las más bellas producciones literarias de la España nueva, sino, y eso antes que todo, una acción de conciencia y un gran grito so-

cial. Del libro se evapora, libre de todo gravamen de violencia, la formal requisitoria al estado español.

No tratamos en estas líneas de edificar una página bibliográfica sino de presentar en todo su poderío de radiación, la valerosa hazaña de Luis Bello. Nadie como él puede decir que conoce a su patria. No es en las estaciones de ferrocarriles ni en el ambiente cortesano de los ministerios y bufetes administrativos donde pueda escucharse el corazón desnudo de un país en marcha. Hay que saltar a la provincia y sorprender el diálogo de los hombres que allí, en el cotidianismo creador, se enfrentan a la doble acción del medio físico y de la administración pública.

Dentro de ese ambiente, la escuela primaria, es la antena más viva que pueda tenderse sobre el mundo exterior y el índice más fiel de la cultura media. Por eso Luis Bello, angustiado ante la realidad de la escuela pobre y del maestro inválido, pretende sacudir la sensibilidad española en un sentido de protección hacia ese maestro y esa escuela.

Pensamos nosotros que una iniciativa semejante estaría más que justificada en Colombia en estos momentos en que se plantea retóricamente una gran crisis nacional. Detrás de una política gárrula, detrás de la calle y de la oficina donde los hombres se acaloran en busca del oro y el dominio, detrás de las acade-

mias y de la oratoria de la plaza pública, subsisten en toda su realidad inmensa, humildes violetas del gran prado social, las escuelas primarias. Hay necesidad de bajar la cabeza, adolorida por el manejo forzado del telescopio, hacia las sencillas verdades del vivir común. Por eso una visita a las escuelas colombianas, hecha más con el corazón que con las piernas, fuera una obra de la mayor importancia.

Una peregrinación similar a la que Luis Bello acaba de hacer, demandaría en Colombia dos cosas: una indiferencia absoluta por el reloj y por el calendario y una capacidad juvenil para la aventura.

¿En cuánto tiempo podría un colombiano de hoy, aun echando mano de ciertos recursos locomotivos como el avión y el ferrocarril, recorrer el territorio patrio, el país escolar?

¿Y cómo no catalogar, al mismo tiempo, como una extraordinaria aventura, ese viaje lento, a través de montañas?

En esas condiciones de aspe-
reza material y de cuantioso
gasto de tiempo, el viaje toca
los límites de toda quimera y
muy seguramente, no habrá en
los días actuales un solo colombiano que tuviera la fe apostólica necesaria para emprenderlo.

Pero subsisten la belleza y la fuerza del tema que nos prestan la correría y la cátedra de don Luis Bello, profesor de idealismo en las épocas actuales, y cabría preguntarnos si dentro del espíritu de todo colombiano culto no habría los recursos indispensables para intentar a lo menos el viaje mental hecho con los ojos cerrados y los músculos en reposo.

Ese experimento es relativamente sencillo, porque así como el paisaje físico que rodea a la escuela ofrece una variedad estrafalaria, el ambiente en que se mueven maestros y discípulos es de una monotonía simplificadora.

Regadas en la superficie fatigante del país distraído, cientos de escuelas, pobres las más, menesterosas, prolongan la noción de una patria con su sola presencia. Por encima de toda la penuria circundante, la figura del maestro asume y disgrega

un poder centrífugo que es la escuela misma.

Hasta la casa de paredes blancas, desprevenida para la función materna que la sociedad y el estado le asignan, el niño y el adulto llegan un día desechos de mutar un poco de su fresca animalidad en una mediana validez mental. Junto al tablero y al alfabeto, utensilios primordiales de su colonización íntima, habrá una bandera, el retrato de un prócer, símbolos de una nacionalidad, representaciones vivas de una historia. Mediante tales símbolos, el maestro convierte al individuo, carne de censo, en el ciudadano, carne y alma de la república.

El abandono ejecutivo y la incuria legislativa, una concepción sonámbula y avara de la función docente, han permitido que ese maestro viva casi siempre en proximidad peligrosa a la caricatura, al «género chico.» Y es lo natural esperar que mientras tal situación se sostenga, llegando en veces a constituir la topografía misma de la acción escolar, es imposible hacer una patria.

Si las escuelas pudieran un día, mediante recursos milagrosos, cobrar una anatomía humana y disponer así de un idioma, habrían de erguirse como una procesión de sombras ante la sociedad y ante los cuerpos administrativos.

Habría que oír entonces una de las querellas más estremecidas, igual a aquella que desde el libro de Luis Bello se levanta para señalar como un índice a un estado y a una política.

Entonces habrían de emerger en todo su color y fuerza pun-
gente las mil pequeñas miserias, toda la tragedia anónima de la mesa rota y del maestro hambreado, que acompaña, como su salsa natural, la faena del alfabetista,

Hace cuatro o cinco años, cuando la irrigación del oro extranjero permitió en Colombia la adopción de un plan de obras públicas de mediano lustre, empezó el país a estrenar una filosofía y una retórica nuevas que hoy han hecho crack. Se decía por aquellos tiempos benignos que la gran labor de enseñanza, que el aprendizaje

práctico de la vida, lo proporcionaban los rieles. Se ha podido ver que todo aquello era insensato. Hay algo en la vida integral de los pueblos que nada podrá reemplazar y es la emoción humana de la enseñanza.

Merced a los avances estridentes de la mecánica, un día vendrá en que los hombres se atiborren de conocimientos mediante máquinas parlantes y así

quede suprimido del todo ese soplo carnal, voz de la sangre y de la raza, que vibra, como un latigazo de vida, a través de nuestra formación escolar.

Pero mientras adviene la menguada época, preciso es defender al maestro, iluminar la escuela, mover, como Luis Bello, con manos de angustia, una fuerte acción que los revalúe.

Jaime Barrera Parra

Una oda de Horacio

=De Estudios. Panamá=

No me extraña, señores, que las generaciones modernas no adoren la gracia risueña, florecida de rosas, perfumada de vino, del poeta maravilloso que escribió la oda a Leuconoe: «¡Oh Leuconoe! no trates de violar la ley sagrada averiguando qué fin los dioses señalaron a tus días o a los míos, ni pongas a prueba los números babilónicos. ¡Cuánto mejor es someterse a todo lo que pueda suceder, ya sea que Júpiter nos haya señalado inviernos numerosos, ya nos haya concedido como el último de nuestra vida éste que ahora revienta al mar Tirreno contra las rocas que lo encierran! Sé sabio; filtra tus vinos, y aparta del breve minuto de tu vida toda eterna esperanza. Mientras hablamos el tiempo celoso se va. Aprovecha el día fugitivo y no creas demasiado en el mañana».

No me extraña, dije, porque la fiebre de la vida no nos permite siquiera conocerlo. ¿Y cómo podremos amar lo que no conocemos? ¿En virtud de qué adivinanza misteriosa podría presentir nuestro corazón rebelde y tormentoso la fuente infinita y cristalina de armonía y de dulzura, que encierran sus versos ignotos?

El conocimiento es el principio del amor y el amor es la fuente de mayor conocimiento. Por eso la culpa reside en nosotros, en quienes tenemos la suerte de haber paladeado la miel sagrada que las doradas abejas de Tibur sacaron de los rosales florecidos del vergel de Horacio, y que no hemos sabido cumplir con el deber humano de enseñar a gustarlo a estas generaciones sublevadas que están empezando a balbucir de nuevo los versos rudos de una nueva edad de piedra.

Culpa nuestra también, porque la obra y la vida de Horacio están al alcance de todos, la obra en traducciones francesas admirables, y la vida en sus libros, pues aunque Suetonio se hubiese callado las breves noticias que nos da, de los propios versos del poeta salen dispersos los datos principales de su vida.

Se llamaba Quinto Horacio Flaco y había nacido bajo el consulado de Aurelio Cotta y de Manlio Torcuato el año 689

de Roma, en Venusia, en los confines de la Apulia y la Lucania, en donde retumba el Aulido impetuoso, que hoy llaman los italianos el Ofanto. El mismo alude a su infancia en la oda a Calíope, la musa de la harmonía melodiosa.

«Desciende del cielo, oh reina de las musas, oh Calíope. Haz oír al compás de la flauta un canto prolongado, o, si lo prefieres, haz que tu voz sonora se eleve a los acordes de la lira de Apolo... En las faldas del Vultur, que se extiende más allá de la Apulia, mi tierra natal, un día de mi infancia, cansado de jugar, me quedé dormido, y mil palomas misteriosas vinieron a cubrirme de ramas verdes. El prodigio admiró a cuantos habitaban en el nido escarpado de Aquerontia, en los bosques de Bantia y en los fértiles valles de Forente: sólo los dioses podían dar a ese niño la seguridad necesaria para dormir en medio de los osos y las víboras, sin más abrigo que esas ramas sagradas de mirto y de laurel».

Hijo era de un simple liberto, recaudador fiscal, que a fuerza de trabajo llegó a tener una mediana fortuna, que gastaba lleno de alegría en educar a ese hijo, cuyo genio su amor de padre supo presentir.

«Si pocos defectos, pequeños y leves,—dice en la sátira VI del Libro I,—ensombrecen mi carácter, que siempre fué bueno... si nadie puede con razón ponerme tacha de avaricia, de vicios vergonzosos o indigna torpeza; si haciendo libremente mi propio elogio puedo decir que es mi vida pura e inocente y cara a mis amigos, todo ello se debe a mi padre, quien, pobre como era, dueño a penas de un terreno escaso, no quiso sin embargo mandarme a la escuela de Flavio, a donde iban por algún dinero pagado en los idus del mes, con su saco de apuntes y sus tabletas bajo el brazo, los hijos de los nobles centuriones, y me llevó hasta Roma misma para que allí aprendiese cuanto todo caballero o senador quisiera que enseñasen a su propio hijo... Mi padre mismo me acompañaba a casa de todos mis maestros... y supo preservar en mí el pudor delicado, flor de la virtud».

Consultorio Optico "Rivera"

EXÁMENES DE LA VISTA - ANTEOJOS Y LENTES DE TODAS CLASES

EXACTITUD Y PRONTITUD

Especial atención en el desarrollo de recetas de los Señores Médicos Oculistas

GEMELOS DE TEATRO Y CAMPO - MICROSCOPIOS - LENTES DE LECTURA

Guillermo Rivera Martín

Optico del Colegio Nacional de Jena, Alemania

Aprobado por la Facultad de Medicina de Costa Rica

SAN JOSE DE COSTA RICA

CORREO 349

En otra parte recuerda que aprendió en Roma cuánto daño a los griegos la cólera de Aquiles, y cuenta luego cómo aprendió en Atenas a distinguir lo justo de lo injusto y a buscar la verdad, bajo la sombra sagrada de los jardines de Academo.

De ese sueño dichoso, de ese comercio divino con Platón y Epicuro, con Píndaro y Homero, con Sófocles y Esquilo, lo arrancó, mozo aún, a los 21 años, la vorágine de la guerra civil, junto con sus amigos, el hijo de Cicerón, Corvino Mesala, Cornelio Galo, y tantos otros.

Hasta allí había llegado, envuelto en la gloria trágica del asesinato de César, Marco Bruto, a quien los griegos locuaces comparaban con Aristóteles y Harmodio, y allí, con aire despreocupado de gran señor, glorioso antes de tiempo, fingía estudiar retórica y filosofía en las escuelas de Theomnesto y de Cratippo, entre cuyos discípulos reclutaba astutamente los oficiales del ejército que quería levantar contra los triunviros. Con él se fueron Mesala y el joven Cicerón, Munacio Planco y Pompeyo Varo, y el propio Horacio antes de los 22 años, recibió el nombramiento de tribuno y el mando de una legión.

Esto ocurría en 710. Dos años más tarde Octavio y Antonio pasaron el Adriático, atacaron en Macedonia las legiones de Casio y Bruto, y las destruyeron en dos jornadas decisivas en los campos sombríos de Filipos, en donde acabó, junto con la gloriosa tentativa de Bruto, la carrera militar de Horacio. Vencido, pobre, confundido con la muchedumbre amargada de los fugitivos, volvió a Roma, en donde lo esperaba la miseria, que según él mismo, más de una vez fué el impulso secreto de sus cantos maravillosos.

Pero tres años más tarde se había serenado, como lo prueba su oda a su amigo Pompeyo Varo.

Varo, como él, fugitivo de Filipos, había continuado la guerra bajo Sexto Pompeyo, en el Mediterráneo, hasta que hubo de someterse a las armas vencedoras de Agripa. A su vuelta a Roma, así lo recibió la musa gentil de su antiguo compañero de armas:

«Oh tú, Pompeyo Varo, que bajo las banderas de Bruto viste a menudo conmigo la muerte tan cerca, ¿qué dón de los cielos te devuelve hoy a tus conciudadanos, a los dioses paternos, al cielo de Italia, a ti, oh el primero y mejor de mis amigos, con quien tantas veces engañé las fatigas del día prolongado, con la dulzura del vino, ceñidos de flores los cabellos brillantes por el aceite perfumado de la Siria? Cerca de ti me tocó ver el desastre de Filipos, las rápidas fugas, los escudos abandonados, el coraje perdido, y el rostro iracundo de los soldados que mordían el polvo vergonzoso. A mí Mercurio rápido, envolviéndome en una nube, me

salvó temblando a través de las muchedumbres enemigas, mientras tú fuiste arrastrado nuevamente a la guerra impía a través de las ondas tempestuosas.

«Cumple pues el sacrificio que debes a Júpiter: reposa a la sombra de mi huerto tus miembros fatigados, y no perdones mis toneles, destinados para ti. Llena tu copa pulida del másico dulce, padre del olvido; vierte los perfumes de las conchas abundosas; que el esclavo nos teja coronas de mirto y que Venus designe al rey del festín. Quiero igualar el delirio de los tracios, dichoso de hallar de nuevo a mi amigo».

En esa época empieza su amistad con Mecenas, ante quien lo llevaron Virgilio y el poeta Quintilio Varo, y luego con el propio Augusto.

Las ideas republicanas se habían muerto en los campos de Filipos. Desde los tiempos de Milón y Clodio los romanos habían perdido la noción de la libertad y de la ley. El paso del Rubicón había sido para Roma una nueva era, en que el orden dependía más que de las creencias, estériles ya, de la voluntad consciente y soberana de un hombre superior. En vano Bruto y sus amigos habían asesinado a César para restablecer la república, pues ella sólo puede vivir al rededor de convicciones sociales profundas y austeras: al día siguiente de su muerte, un soldado obscuro y bebedor ponía en fuga a los asesinos con un discurso patético y el pueblo buscaba, instintivamente, un nuevo jefe. Hallado al fin, después de Filipos y de la derrota de Sexto Pompeyo, los corazones unánimes se volvieron

a él. No es de extrañar que Horacio, que en el entusiasmo irreflexivo de los años mozos había conducido una legión republicana en los campos sangrientos de Filipos, se sometiera a los hechos consumados y reconociera que la paz y el orden, la justicia y la ley, la gloria y la prosperidad de Roma, ya que no sus viejas libertades, crecían más bajo la mano silenciosa y firme de Augusto que bajo el consulado nominal de Bíbulo o de Planco.

Allí halló la paz y la fortuna y en medio de la quietud jubilosa escribió sus versos risueños, que no quiero ahora juzgar porque están demasiado arraigados en las fibras profundas de mi corazón.

Era un poeta aristocrático, enemigo de la muchedumbre ignorante, erudito y sabio, buscador incansable del ritmo armonioso y escanciador de sutil filosofía epicúrea. Un hondo sentido de la vida, una serena relatividad, un discreto goce del placer honesto, una gracia femenina y exquisita, un dón no igualado de la armonía, hé ahí el resumen de su arte excelso, del que sólo eran dignos de gustar hombres como Virgilio, poeta sin par, Mecenas, alma preclara, Quintilio Varo, águila de la poesía heroica, Corvino Mesala, y tantos otros que figuran en las odas mismas; Sestio, Agripa, Fusco, Munacio Planco, Elio Lamia, Plotio Númera, y las numerosas mujeres que disfrazan hermosos nombres griegos: Lidia, Lálague, Leuconoe.

Para todos ellos la filosofía griega era familiar, y familiares también los recuerdos de la mitología helénica. Para ellos eran seres próximos los héroes

de Homero y los dioses y semidioses que pueblan los mitos: Apolo y Vulcano, Encélado y Reto, Orión, Hércules, Teseo, el adúltero Paris, Aquiles colérico y entrombados Ayaces.

Vosotros recordáis sin duda la historia de Teucro. Hermano de Ajax de Salamina, hijo de Telamón, se cubrió, como su hermano, de gloria en la guerra de Troya. Pero Ajax se quitó la vida por su propia mano, despechado porque los griegos no le dieron las armas del Pelida Aquiles y las entregaron al ingenioso Ulises.

Cuando Teucro volvía a Salamina vencedor, su padre, el viejo Telamón, irritado porque no había vengado en Ulises la muerte de Ajax, lo maldijo, y lo arrojó de la casa paterna y de la patria amada. Pero el héroe no se desesperó, y risueño y alegre juntó a sus amigos afligidos y los condujo a la isla de Creta, en donde fundó para ellos una nueva Salamina.

A este episodio hace alusión el poeta en su oda a Munacio Planco, que voy a leeros.

No os habéis olvidado, sin duda, del ilustre general, Munacio Planco, de tormentosa vida: legado de César en las Galias en 698 y 699, mandó también sus tropas en España poco antes de las jornadas de Tapso y Munda. Después fué prefecto de Roma y gobernador de la Trasalpina, en donde fundó las colonias de Lyon y de Augusta Rauracorum. Siguió a Bruto hasta Filipos y, sometido después a los triunviros, acompañó a Antonio en su vida disoluta de Alejandría. Gobernó una provincia del Asia, que no supo defender contra los partos, y dejó fama de tirano en la de Siria. Vencido Antonio, se hizo, hasta su muerte, decidido partidario de Octavio, quien lo elevó a censor en 731.

Entre dos campañas, amargado de ambición y desengaño, estuvo en Roma, y Horacio, su viejo amigo de las tiendas de Bruto, lo recibió con la oda famosa, cuya traducción me he atrevido a ofreceros, ya que no me es lícito repetirla en su propio verbo original y numeroso:

«Alaben otros a la ilustre Rhodas, o a Mitilene, o a Efeso, o las murallas de Corinto sentada entre dos mares, o a Tebas, patria de Baco, o a Delfos, mansión de Apolo, o los valles deliciosos de Tesalia. Tengan otros por único objeto celebrar en un himno eterno la ciudad de la casta Palas, y adornar su frente con la corona de olivo cogida en cualquier parte. Que muchos poetas, para honrar a Juno, canten a Argos y sus corceles, a Micenas y su opulencia. A mí no me encantan ni la austera Lacedemonia ni las fértiles campiñas de Larisa: me place más la gruta en que resuena el Albúmeo, el Anio que se precipita en cascadas espumosas, el bosque sagrado de Tibur y sus huertos regados por rápidos arroyos.

»A menudo el Noto mismo,

Quien habla de la

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada,

Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPE

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

con aliento más puro, aparta las nubes que oscurecen el cielo, y no siempre produce tempestades eternas. Así, ¡oh Planco! haz que la sabiduría ponga un término a tus penas y endulza en el vino las amarguras de la vida, sea que el campamento guerrero te retenga bajo sus insignias fulgentes, sea que te cautive la sombra espesa y grata de tu Tibur.

«Cuando Teucro huía de Salamina y de su padre, se cuenta que ciñó su frente húmeda de vino con una corona de álamo, símbolo de la alegría, y así consoló a sus amigos afligidos:

Carlos Vicuña

Tablero = 1928 =

El Comité pro-Sandino en Costa Rica, acordó publicar en folleto los 6 primeros capítulos de la narración *Con Sandino, en Nicaragua*, escrita por Mr. Carleton Beals para *El Sol* de Madrid.

Se vende el folleto a **¢ 0.25** y es un deber comprarlo para todo costarricense previsor y amante de su tierra.

Referencia.—La *Antología de prosistas castellanos* (1), la más segura guía para el estudio en el comercio de los clásicos, el mejor incitante para su directa lectura.—*Cita de José M. Chacón y Calvo*.

Nuestro amigo y colaborador, Jorge Guillermo Leguía, nos remite desde Lima la primera parte de su *Historia de América*. Epocas precolombina y colonial. Texto para los Colegios de Segunda Enseñanza. Casa editora: Librería E. Rosey (Calle de la Merced (Unión) 632 y 634). Lima. 1928.

Por medio del Editor Gleizer, de Buenos Aires, (Triunvirato 537), el gran humorista argentino Arturo Cencela nos remite su último libro: *Palabras socráticas a los estudiantes*. M. Gleizer. Buenos Aires.

De Cencela haremos en breve una presentación en este semanario.

A propósito de J. G. Leguía, transcribimos este parrafito de su última carta de Lima, para nosotros:

Quizá se deba a Mariátegui el que el *Repertorio* disponga de tantos lectores. Hoy experimenté la satisfacción de constatar que de las revistas de la Biblioteca de la Universidad de San Marcos la más leída es la suya. ¡Dícelo elocuentemente el aspecto amarillento y arrugado de cada uno de sus números!...

(1) Ramón Menéndez Pidal: *Antología de prosistas castellanos*. 2da. edición. Madrid. 1917.

«A donde quiera que nos lleve la fortuna, menos cruel sin duda que mi padre, la seguiremos, oh amigos míos y fieles compañeros de mi destierro.

»Nada hay para desesperarse mientras Teucro sea vuestro guía y él diga los auspicios.

»Apolo, oráculo infalible, me ha prometido en una tierra desconocida una nueva Salamina.

»Intrépidos guerreros, que habéis sufrido conmigo más de una vez las más duras pruebas, ahogad ahora vuestras penas en el vino: mañana empezaremos de nuevo nuestra peregrinación sobre los vastos mares».

Señalamos:

Mensajes de la Institución Hispanocubana de cultura. El año primero. Memoria de 1926-27. Vol. I. N.º 1.º Habana.

El Índice

A los asociados. — MEMORIA de 1926-1927. — I. Fundación de este Instituto. — II. Acogimiento que tuvo la fundación. — III. Los fines de la institución. — IV. Los socios y sus clases. — V. El gobierno de la institución. — VI. La colaboración femenina. — VII. Los recursos económicos. — VIII. Las conferencias. — IX. Los becarios en España. — X. Instituciones filiales. — XI. Relaciones exteriores. — XII. El porvenir.

Dos apéndices:

A. Estatutos de la *Institución Hispanocubana de Cultura*. — B. Balance de Tesorería de 1927.

Estos *Mensajes* nos mueven a sacar estas líneas epistolares de nuestro excelente amigo D. Federico de Onís, con el ánimo de que las leyera algunos de los hombres dirigentes de por acá y nos ayudaran a hacer aquí algo al respecto:

Acaba de establecerse aquí (S. J. de Puerto Rico) La Institución Cultural Española formada por españoles y portorriqueños juntamente, a semejanza de las culturales ya establecidas en Méjico y Cuba y antes en la Argentina. ¿Habría modo de que Costa Rica entrara en la combinación de culturales de este hemisferio norte? Si las comunicaciones permiten el acceso fácil a Costa Rica desde cualquiera de los puntos donde ya hay establecida una cultural, sería fácil lograr que los profesores que van a ellas hicieran escala en Costa Rica también.

¿Caerá en el vacío tan conveniente sugerión?...

Homenaje

CÍRCULO MÉDICO ARGENTINO
Y CENTRO ESTUDIANTES
DE MEDICINA

Buenos Aires, 28 de Mayo de 1928.

Señor
García Monge

De nuestra mayor consideración:

Tenemos el agrado de enviarle el folleto editado por nuestra institución,

conteniendo las conferencias que pronunció José Ingenieros sobre *Le Dan-tec, biólogo y filósofo*.

Constituye un homenaje que el Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de Medicina tributa al maestro argentino, al cumplirse el segundo aniversario de su fallecimiento. Salúdanle muy atentamente,

EDUARDO CARASA, Presidente.
JOSÉ A. BURMAN, Secretario.

Por medio de Espasa-Calpe el conocido humorista español Julio Camba, nos honra y agrada con el obsequio de su última obra: *Sobre casi todo*.

¡Muy agradecidos!

Damos cuenta de estos tres libros, recibidos en estos días:

La mujer que nació así..., por Horacio Hidrovo. Guayaquil.

La intelectualización del Arte, por Luis David Cruz Ocampo. (Correo. Casilla 222. Concepción. Chile). Publicaciones de la Revista ATENEA de la Universidad de Concepción. Chile. 1927.

Venezuela adentro (Treinta años de política), por Esteban Roldán Oliarte. San José, Costa Rica. 1928.

Aboga al Sr. Roldán por el *cesarismo democrático*, según la célebre fórmula del Sr. Vallenilla Lanz.

Cortesía de los autores:

Francisco Contreras: *La montagne ensorcelée*. Roman. París. 1928.

Juan M. Filartigas, (25 de Mayo 296. Montevideo). *Impresiones poéticas*. Ediciones de LA CRUZ DEL SUR. Montevideo. 1927.

Luis Felipe Rodríguez. (Caridad 28. Manzanillo. Cuba): *La Pascua de la tierra natal*. Narraciones del campo y de la ciudad. Madrid. 1928.

F. Carmona Nenclares. (Lorenzana, once. Bellas Vistas. Madrid): *Vida y literatura de Rufino Blanco-Fombona*. Editorial Mundo Latino. Madrid. 1928.

Alfonso Francisco Ramírez. (4.ª Guillermo Prieto 55. México, D. F.) *Florilegio de poetas y escritores de Oaxaca*. México. 1927.



LA EDAD DE ORO

Lecturas complementarias
para muchachos

(Suplemento al Repertorio Americano)

Días de ocio en el país del Yann

Cruzando el bosque, bajé a la orilla del Yann, y allí encontré, según se había profetizado, al barco *El Pájaro del Río*, presto a soltar amarras.

El capitán estaba sentado, con las piernas cruzadas, sobre la blanca cubierta, con su cimitarra al lado, enfundada en su vaina esmaltada de pedrería; y los marineros despleaban las ágiles velas para guiar el navío al centro del Yann, y entre tanto cantaban viejas canciones de paz. Y el viento de la tarde, que descendía helado de los campos de nieve de alguna montaña, residencia de lejanos dioses, llegó de súbito como una alegre noticia a una ciudad impaciente, e hinchó las velas, que semejabán alas.

Y así alcanzamos el centro del río, y los marineros arriaron las grandes velas. Pero yo había ido a saludar al capitán, y a inquirir los milagros y las apariciones entre los hombres de los más santos dioses de cualquiera de las tierras en que él había estado. Y el capitán respondió que venía de la hermosa Belzoond, y que había adorado a los dioses menores y más humildes que rara vez enviaban el hambre o el trueno y que fácilmente se aplacaban con pequeñas batallas. Y le dije cómo llegaba de Irlanda, que está en Europa; y el capitán y todos los marineros se rieron, pues decían: «No hay tales lugares en todo el país de los sueños» Cuando acabaron de burlarse, expliqué que mi fantasía moraba por lo común en el desierto de Cuppar-Nombo, en una ciudad azul llamada Golthoth la Condenada, que guardaban en todo su contorno los lobos y sus sombras, y

que había estado desolada años y años por una maldición que fulminaron una vez los dioses airados y que no habían podido revocar. Y que a veces mis sueños me habían llevado hasta Pungar Vees, la roja ciudad murada donde están las fuentes, que comercia con Thul y las Islas. Cuando hablé así me dieron albricias por la elección de mi fantasía, diciendo que, aunque ellos nunca habían visto esas ciudades, bien podían imaginarse lugares tales. Durante el resto de la tarde contraté con el capitán la suma que había de pagarle por mi travesía, si Dios y la corriente del Yann nos llevaban con fortuna a los arrecifes del mar que llaman Bar-Wul-Yann, la Puerta del Yann.

Ya había declinado el sol, y todos los colores de la tierra y el cielo habían celebrado un festival con él, y huído uno a uno al inminente arribo de la noche. Los loros habían volado a sus viviendas de las umbrías de de una y otra orilla; los monos, asidos en fila a las altas ramas de los árboles, estaban silenciosos y dormidos; las luciérnegas subían y bajaban en las espesuras del bosque, y las grandes estrellas asomábanse resplandecientes a mirarse en la cara del Yann. Entonces, los marineros encendieron las linternas, colgáronlas a la borda del navío y la luz relampagueó súbitamente y deslumbró al Yann, y los ánades que viven a lo largo de las riberas pantanosas levantaron de pronto el vuelo y dibujaron amplios círculos en el aire, y columbraron las lejanías del Yann, y la blanca niebla que blandamente encapotaba la fronda, antes de regresar a sus pantanos.

Entonces, los marineros se arrodillaron sobre cubierta y oraron, no a la vez, sino en turnos de cinco o seis. De uno y otro lado arrodillábanse cinco o seis, porque allí sólo rezaban a un tiempo hombres de credos diferentes, para que ningún dios pudiera oír la plegaria de dos hombres al mismo tiempo. Tan pronto como uno acababa de orar, otro de la misma fe venía a tomar su puesto. Así es como se arrodillaba la fila de cinco o seis, con sus cabezas dobladas bajo las velas que latían al viento, mientras que la vena central del río Yann encaminábalos hacia el mar, y sus plegarias ascendían por entre las linternas y subían a las estrellas. Y detrás de ellos, en la popa del barco, el timonel rezaba en voz alta la oración del timonel, que rezan todos los que comercian por el río Yann, cualquiera que sea su fe. Y el capitán impetró a sus pequeños dioses menores, a los dioses que bendicen a Belzoond.

Y yo también sentí anhelos de orar. Sin embargo, no quería rogar a un dios celoso, allí donde los débiles y benévolos dioses eran humildemente invocados por el amor de los gentiles; y entonces me acordé de Sheol Nugganoth, a quien los hombres de la selva habían abandonado largo tiempo hacía, que está ahora solitario y sin culto; y a él recé.

Mientras estábamos orando, cayó la noche de repente, como cae sobre todos los hombres que rezan al atardecer y sobre los hombres que no rezan; pero nuestras plegarias confortaron nuestras almas cuando pensábamos en la Gran Noche que venía.

Y así, el Yann nos llevó magníficamente río abajo, porque estaba ensoberbecido con la fundida nieve que el Poltiades le trajera de los montes de Hap, y el Marn y el Migris estaban hinchados por la inundación; y nos condujo en su poder más allá de Kyph y Pir, y vimos las luces de Golunza.

Pronto estuvimos todos dormidos, menos el timonel, que gobernaba el barco por la corriente central del Yann.

Cuando salió el sol cesó su canto el timonel, porque con su cantó se alentaba en la soledad de la noche.

Cuando cesó el canto nos despertamos súbitamente, otro tomó el timón y el timonel se durmió.

Sabíamos que pronto llegaríamos a Mandaroon. Luego que hubimos comido, apareció Mandaroon. Entonces, el capitán dió sus órdenes, y los marineros arriaron de nuevo las velas mayores, y el navío viró, y dejando el el curso del Yann, entró en una dársena bajo los rojos muros de Mandaroon. Mientras los marineros entraban para recoger frutas, yo me fui sólo a la puerta de Mandaroon. Sólo unas cuantas chozas había, en las que habitaba la guardia. Un centinela de lengua barba blanca estaba a la puerta armado de una herrumbrosa lanza. Llevaba unas grandes antiparras cubiertas de polvo. A través de la puerta, ví la ciudad. Una quietud de muerte reinaba en ella. Las calles parecían no haber sido holladas, y el musgo crecía espeso en el umbral de las puertas; en la plaza del mercado dormían confusas figuras. Un olor de incienso venía con el viento hacia la puerta, incienso de quemadas adormideras, y oíase el eco de distantes campanas. Dije al centinela en la lengua de la región del Yann: «¿Porqué están todos dormidos en esta callada ciudad?»

El contestó: «Nadie debe hacer preguntas en esta puerta, porque puede despertarse la gente de la ciudad. Porque cuando la gente de esta ciudad se despierte, morirán los dioses. Y cuando mueran los dioses, los hombres no podrán soñar más.» Empezaba a preguntarle qué dioses adoraba la ciudad, pero él enristró su lanza, porque nadie podía hacer preguntas allí. Le dejé entonces y me volví al *Pájaro del Río*.

Lord Dunsany

(Continuará en la próxima entrega)



Lado Oeste Foto Hernández